

**María en el misterio de Cristo y de la Iglesia,
a la luz de la teología de los santos
(En eco a la nota doctrinal *Mater Populi Fidelis*)**

François-Marie Léthel ocd

Firmada por nuestro Papa León XIV, la nota doctrinal del Dicasterio para la Doctrina de la Fe *Mater Populi Fidelis* debe ser acogida con respeto, con una actitud de fidelidad creativa, como un talento que hay que hacer fructificar.

A través de la crítica de los títulos de *Corredentora*, *Mediadora* y *Madre de la gracia*, el documento del Dicasterio se opone a una espiritualidad mariana que sería insuficientemente cristocéntrica. Más allá de la apariencia un tanto negativa del texto, hay que captar la intención del Santo Padre, que es la de promover en el Pueblo de Dios el amor a la Virgen María a la luz plena del Misterio de Jesús.

De hecho, como decía San Juan Pablo II al presentar la doctrina de San Luis María Grignion de Montfort, «la verdadera devoción mariana es cristocéntrica» (*Carta a los religiosos y religiosas de las Familias Montfortianas*, 8 de diciembre de 2003, n. 2). En este importante documento, que muestra la armonía entre los textos del Concilio y los de Luis María (**Anexo 1**), recordaba la gran iluminación recibida desde su primera lectura del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, esa dinámica esencialmente cristocéntrica resumida en la expresión *Ad Iesum per Mariam*, en ese *Totus Tuus* dirigido a Jesús por María que luego guió toda su vida.

La nota doctrinal hace referencia a la Tradición Viva de la Iglesia representada por el Magisterio y los Santos. A partir del capítulo VIII de *Lumen Gentium* sobre *María en el Misterio de Cristo y de la Iglesia*, los papas San Pablo VI, San Juan Pablo II, Benedicto XVI y el papa Francisco han desarrollado en perfecta continuidad esta luminosa enseñanza del Concilio que sintetizaba la doctrina mariana de la Iglesia, siempre fundada en la Escritura y desarrollada armoniosamente en la Tradición de los Padres y Doctores de la Iglesia. Esto se ve en las numerosas referencias y citas.

Con el mismo espíritu y la misma perspectiva, es posible prolongar y completar esta enseñanza refiriéndose a otros santos que han profundizado particularmente en esta doctrina sobre María en el Misterio de Cristo y de la Iglesia, utilizando el «prisma» de la teología de los santos, es decir, la complementariedad de los Padres de la Iglesia, los Doctores Medievales y los Místicos (desde la Edad Media hasta la época moderna). La gran contribución de los místicos (algunos de los cuales son doctores de la Iglesia) es ofrecer una «verificación» experimental de las grandes verdades de la fe, lo que es particularmente importante en lo que respecta a María.

En cuanto a la intención ecuménica del texto, hay que recordar que la doctrina mariana nos une a todas las Iglesias ortodoxas, así como a las Iglesias copta, armenia y siria. Sin embargo, sigue habiendo un punto de división con las Iglesias nacidas de la Reforma protestante, en relación con la eclesiología, que sigue siendo el problema principal. El diálogo ecuménico con nuestros hermanos protestantes nos invita a hablar de María desde esta perspectiva cristocéntrica, recordando que ella sigue siendo una criatura y nunca es objeto de adoración. Hay que insistir siempre en la absolutidad de Jesucristo y en la total relatividad de María y de la Iglesia con respecto a Él, excluyendo toda forma de «mariolatría» o «mariocentrismo», «eclesiocentrismo» o «eclesiolatría». El papa Francisco ha denunciado a menudo esta tentación «eclesiocéntrica» que se manifiesta en el clericalismo.

Así, en esta gran perspectiva de la teología de los santos, es posible completar la nota doctrinal refiriéndose en primer lugar a *san Ireneo de Lyon*, declarado Doctor de la Iglesia por el papa Francisco, luego al gran doctor medieval *san Anselmo*, luego a las místicas *santa Catalina de Siena* (Doctora de la Iglesia), *San Juan Eudes* y *San Luis María de Montfort* (candidatos al Doctorado de la Iglesia), a *Santa Teresa de Lisieux* (Doctores de la Iglesia) y, por último, a las recientes Siervas de Dios de la Familia Salesiana de Don Bosco, que han aportado nuevos desarrollos a la espiritualidad eucarística y mariana¹.

¹ Dediqué largos capítulos a Ireneo, Anselmo y Teresa de Lisieux en mi tesis doctoral en teología: *Connaître l'Amour du Christ qui surpasse toute connaissance. La Théologie des Saints* (Venasque, 1989, ed du Carmel). En el retiro predicado para Benedicto XVI y la Curia Romana, presenté en particular la doctrina de Teresa, Luis María de Montfort y Catalina, en relación con Juan Pablo II: *La Luce di Cristo nel Cuore della Chiesa* (Roma, 2011, Libreria Editrice Vaticana). En estos dos libros se encuentran numerosos textos de estos santos.

San Ireneo de Lyon

A finales del siglo II, san Ireneo de Lyon realizó la primera gran síntesis teológica a partir de toda la Sagrada Escritura interpretada en la Tradición Viva de la Iglesia. Su obra sigue siendo una fuente inagotable para la teología de todas las Iglesias cristianas. Por lo tanto, tiene un inmenso valor ecuménico.

Desarrolla maravillosamente el gran tema paulino de *la recapitulación de todas las cosas en Cristo* (cf. Ef 1, 10), en su doble dimensión cósmica e histórica. Para él, Jesús es verdaderamente «el Centro del Cosmos y de la Historia». A partir de este único Centro, abre ya todas las grandes perspectivas que la Iglesia no dejará de profundizar y explorar a lo largo de su Historia: Dios Trinidad, la creación y la salvación, María y la Iglesia, la protología y la escatología, etc.

Su teología simbólica de las «dos Manos del Padre», que son el Hijo y el Espíritu Santo, se revela de una riqueza inagotable para contemplar el profundo vínculo que une íntimamente a Jesús, María y la Iglesia. La Encarnación del Hijo de Dios se realiza por obra del Espíritu Santo en la maternidad virginal de María. Es el «nuevo nacimiento» que encuentra su prolongación en la Iglesia a través de nuestro nacimiento bautismal. El seno virginal y maternal es inseparablemente el seno de María y de la Iglesia.

En la obra de Ireneo encontramos el primer desarrollo de la pneumatología y la mariología, siempre desde su perspectiva cristocéntrica de la recapitulación. Él ya muestra que María no sustituye en modo alguno al Espíritu Santo, sino que está totalmente relacionada con él, al igual que está relacionada con el Hijo por su maternidad virginal. En su perspectiva, no se debería hablar de la Maternidad Divina y de la Virginitad de María como dos dogmas distintos, sino como un único dogma, el de la Maternidad Virginal como Maternidad Divina hacia el Hijo por obra del Espíritu Santo.

Para él, María es inseparablemente la Nueva Tierra y la Nueva Eva, por un lado, la «Tierra Virgen» de la que las dos Manos del Padre moldearon al Nuevo Adán, recapitulando así al antiguo Adán; por otro lado, es la Nueva Eva que obedece libremente al Mensajero de Dios para la Encarnación del Hijo de Dios. Para Ireneo, la obediencia maternal de María está totalmente orientada hacia la obediencia filial de Jesús en su Pasión Redentora, «obediencia en la cruz». Así, Eva se recapitula en María, que se convierte en su abogada (y no en su acusadora). «El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María», lo que fundamenta teológicamente la hermosa devoción popular a María que desata los nudos, tan querida por el Papa Francisco. En esta luz, Ireneo no teme afirmar que María, «obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para toda la humanidad» (*Aversus Haereses*, III/21/10-22/4).

Ya en él se encuentra el cristocentrismo trinitario del símbolo bautismal que será retomado en el Concilio de Nicea. Jesús está en el centro de la Trinidad, entre el Padre y el Espíritu Santo, y María está en el corazón del Misterio de Jesús, ya que es a través de Ella que el Padre nos ha dado a su Hijo por obra del Espíritu Santo.

La Eucaristía ocupa un lugar importante en su teología, como sacramento de la recapitulación: «Nuestra forma de pensar está en consonancia con la Eucaristía, y la Eucaristía, a su vez, confirma nuestra forma de pensar» (*Adversus Haereses*, IV/18/5).

San Anselmo

Esta gran teología mariana de la Iglesia encontrará una de sus expresiones más bellas en San Anselmo de Aosta en el siglo XI. Él nos ofrece el ejemplo de una teología monástica en el espíritu de los Padres de la Iglesia (en particular de San Agustín), pero con esas nuevas exigencias racionales de la teología medieval que caracterizarán luego la teología universitaria ilustrada por Santo Tomás.

La perspectiva de todos estos santos doctores medievales es siempre profundamente cristocéntrica, pero se puede afirmar a este respecto una cierta superioridad de San Anselmo con respecto a la teología universitaria, sobre todo por el hecho de que sus obras más significativas están escritas en forma literaria de oración, una forma cuyo valor científico ya no reconocerá la teología universitaria (de ahí la ausencia de oraciones en *la Summa Theologica* de Santo Tomás).

María es contemplada en su Maternidad Divina, en esta relación única con Jesús, el Dios-Hombre (*Deus Homo*). Ante las objeciones de los musulmanes, Anselmo insiste de manera novedosa en el papel indispensable de la Santa Humanidad de Jesús en su Pasión Redentora para el restablecimiento de la Alianza

rota por el pecado. En la realización de la Salvación, la Humanidad de Jesús es tan importante e indispensable como su Divinidad, de ahí su audaz intento de demostrar racionalmente la existencia del Dios-Hombre en el diálogo *Cur Deus Homo*.

Uno de los frutos más hermosos de este extraordinario cristocentrismo es una nueva puesta de relieve del lugar de María en el Misterio de Jesús. Desde este punto de vista, los dos textos más importantes son dos grandes oraciones teológicas: la *Meditación sobre la redención humana (Meditatio III)*, que es una oración a Jesús Redentor, y la *Oración a Santa María para obtener el amor de sí misma y de Cristo (Oratio VIII)*. La parte central de esta oración a María se recoge en la Liturgia de las Horas para la fiesta de la Inmaculada Concepción². Se adjunta el texto completo (**Anexo 2**).

El centro de la perspectiva es el dogma de la Maternidad Divina de María, del que Anselmo expone de manera muy rigurosa, sin ninguna exageración, las consecuencias para nosotros y para toda la creación. La perspectiva es siempre cristocéntrica. Es Jesús mismo, verdadero Dios y verdadero Hombre, Creador y Salvador, quien extiende la maternidad de María como un inmenso manto que envuelve no solo a toda la humanidad, sino también a todo el mundo material y a todo el mundo angelical.

El lenguaje es muy preciso para diferenciar bien la acción de Jesús de la de María. Solo Jesús da la salvación, mientras que María la obtiene de Él con su oración de intercesión. Al final de su oración, Anselmo pide el Amor de Jesús y de María: amar a Jesús con el Corazón de María, amar a María con el Corazón de Jesús.

Los místicos

Esta gran teología mariana de los Padres y Doctores medievales encuentra su prolongación y su verificación en los místicos. Recordaremos el ejemplo de dos mujeres que son Doctores de la Iglesia: Santa Catalina de Siena (1347-1380) y Santa Teresa de Lisieux (1873-1897), y de dos hombres que son candidatos al Doctorado de la Iglesia: San Juan Eudes (1601-1680) y San Luis María Grignon de Montfort (1673-1716). En este campo de la mística, hay un claro predominio femenino.

- Santa Catalina de Siena

Santa Catalina de Siena es la gran teóloga del Cuerpo y la Sangre de Jesús en los Misterios de la Encarnación, la Redención y la Iglesia. Nos ofrece uno de los más bellos ejemplos de teología simbólica, expresión privilegiada de la inefable teología mística, en su complementariedad con la teología intelectual de la Universidad.

Por ejemplo, la misma verdad de la Redención que Santo Tomás expresa a través de los conceptos de mérito, satisfacción, eficiencia, etc. (*S.Th III* q 48), es expresada por Santa Catalina con el símbolo de la Sangre. Ella despliega una extraordinaria simbología corporal cuyo centro es siempre Jesús, el Verbo Encarnado, «Símbolo Primordial» (según Santa Edith Stein). El lenguaje de los símbolos, más encarnado que el de los conceptos, es el que mejor se adapta para hablar de María a la luz del Verbo Encarnado. Expresa con fuerza grandes verdades que el lenguaje conceptual fatiga alcanzar. Tenemos un magnífico ejemplo de ello en el *Himno Acatisto*.

En Jesús «habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col 2, 9). En la gran perspectiva del cristocentrismo trinitario, Catalina contempla el Cuerpo de Jesús Crucificado y Resucitado como el «lugar teológico» por excelencia. Él es el camino, la verdad y la vida. Es la escalera o el puente que nos conduce al Cielo, es el libro viviente en el que ha escrito la verdad del Amor con su Sangre sobre su propia carne. Es la Vida ofrecida a todos en su Costado, en su Corazón, del que brota el Agua Viva del Espíritu Santo, que es también el Aliento de su Boca.

² San Anselmo parece haber sido favorable a la Inmaculada Concepción, que ya se celebraba el 8 de diciembre en algunas iglesias. Su discípulo y biógrafo Eadmer será uno de los primeros en escribir a favor de la Inmaculada Concepción, mientras que más tarde san Bernardo y santo Tomás se opondrán. Como el dogma aún no había sido definido, santo Tomás Moro habla de dos opiniones opuestas sostenidas por los santos. Cita a san Anselmo como ejemplo de los que estaban a favor de la Inmaculada Concepción (Thomas More: *Ecrits de prison*, París, 1958, ed. du Seuil, pp. 108-109).

Catalina contempla incansablemente los Misterios de la Encarnación, de la Redención y de la Iglesia, donde María está siempre íntimamente unida a Jesús. Una de las mejores síntesis se encuentra en dos largas oraciones pronunciadas en Roma en 1379, un año antes de su muerte, con dos días de diferencia entre una y otra: *la oración a María en el día de la Anunciación (Oración 11, 25 de marzo)* y *la oración a Jesús en su Pasión (Oración 12, 27 de marzo, Domingo de Pasión)*.

En el primer texto, ella contempla a Jesús en María en el primer instante de la Encarnación, cuando María le abre libremente «la puerta de su voluntad» para que él descienda y se encarne en su seno virginal³. Es la cooperación maternal fundamental de María al Misterio de la Encarnación, en su corazón y en su cuerpo de mujer. En esta oración se verifica la dinámica cristocéntrica de la primera oración a María inspirada por el Espíritu Santo a Isabel: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1, 42). Catalina contempla a Jesús en el seno de María, que ya lleva su Cruz, deseando desde el primer instante la realización de nuestra salvación, una gran verdad bien demostrada por santo Tomás (S. Th, III q 33 y 34).

El segundo texto contempla el momento en que Jesús derrama su Sangre en la Cruz para salvar a toda la humanidad y hacerla renacer como su Esposa en su costado abierto, como su costilla cerca de su Corazón⁴. Es el «lugar» de la santa Iglesia, la «dulce Esposa de Cristo».

En otros textos, Catalina contempla a María junto a la Cruz en su cooperación maternal al Misterio de la Redención, con toda la fuerza de su Fe, su Esperanza y su Amor. Fiel al texto del Evangelio, Catalina contempla a María de pie junto a la Cruz de Jesús, y no desmayada y sostenida por Juan según la iconografía de su tiempo, según la falsa idea de la debilidad femenina y la fuerza masculina. María es una verdadera madre humana que siente todo el dolor de la madre que ve sufrir y morir a su hijo, pero al mismo tiempo es la Santa Madre de Dios sostenida e iluminada por el Espíritu Santo, que participa de manera única en el Sacrificio Redentor del Hijo. Se pueden citar aquí las palabras del Concilio Vaticano II que corresponden exactamente a la doctrina de Catalina:

«La Santísima Virgen continuó su peregrinación de fe, permaneciendo fielmente unida a su Hijo hasta la Cruz, donde, según un designio divino, permaneció de pie (Jn 19, 25), sufriendo cruelmente con su único Hijo, asociada con corazón maternal a su sacrificio, dando el consentimiento de su amor a la inmolación de la víctima nacida de su carne, para ser finalmente entregada por el mismo Cristo Jesús moribundo en la cruz como madre al discípulo con estas palabras: «Mujer, he aquí a tu hijo (cf. Juan 19, 26-27)». (*Lumen Gentium*, n. 58).

Catalina forma parte de esas santas mujeres que están con María junto a la Cruz, mientras que todos los hombres, los Apóstoles, han huido. Solo Juan regresó, sostenido por María y las otras mujeres. Catalina comparte su amor maternal por la Iglesia, entonces tan profundamente herida y enferma, «leprosa» según sus palabras, a causa del pecado de los eclesiásticos que provocará el Gran Cisma de Occidente en 1378.

Sacramento del Cuerpo y la Sangre de Jesús, la Eucaristía es el Corazón vivo de la Iglesia, fuente inagotable de santidad para todos, y en primer lugar para los sacerdotes. Su deseo profético de la comunión diaria se hará realidad solo siete siglos después, con el papa San Pío X.

³ La oración comienza con una alabanza entrelazada con símbolos bíblicos, en el mismo tono *que el Himno Acatista*. Conviene citar el texto original en italiano medieval: «¡Oh María, María, templo de la Trinidad! ¡Oh María, portadora del fuego! María, dispensadora de misericordia, María germinadora del fruto, María redentora de la generación humana, porque al sostener tu carne en el Verbo fue redimido el mundo: Cristo lo redimió con su pasión y tú con el dolor del cuerpo y de la mente. Oh María, mar pacífico, María, dadora de paz, María, tierra fructífera. Tú, María, eres esa planta nueva de la que tenemos la flor fragante del Verbo unigénito Hijo de Dios, porque en ti, tierra fructífera, fue sembrado este Verbo. Tú eres la tierra y eres la planta. ¡Oh María carro de fuego, tú llevaste el fuego oculto y velado bajo las cenizas de tu humanidad! Oh María, vasija de humildad, en la que está y arde la luz del verdadero conocimiento, con la que te elevaste sobre ti misma y por eso agradaste al Padre eterno, quien te raptó y te atrajo hacia sí amándote con amor singular. Con esta luz y fuego de tu caridad y con el aceite de tu humildad, atraíste e inclinaste su divinidad a venir a ti, aunque antes fue atraído por el fuego ardiente de su inestimable caridad a venir a nosotros» (Texto de la edición crítica de Giuliana Cavallini: S. CATERINA DA SIENA: *Le Orazioni*, Roma, 1978, Ed Catiniane, pp. 118-120). Aquí encontramos un ejemplo de interpretación correcta de la «co-redención».

⁴ El término griego *pleura* utilizado por San Juan para indicar el costado de Jesús abierto en la cruz y siempre abierto después de la resurrección, es un término femenino que también significa costilla. Es el término utilizado en el relato simbólico de la creación de Eva a partir del costado o la costilla de Adán dormido (Gn 2, en la traducción de los Setenta).

- San Juan Eudes y San Luis María Grignon de Montfort

San Juan Eudes y San Luis María Grignon de Montfort son los principales representantes de la gran espiritualidad cristocéntrica de *la Escuela Francesa*, fundada por el cardenal Pierre de Bérulle a principios del siglo XVII. Ambos son candidatos al Doctorado de la Iglesia y desde hace muchos años trabajo sin descanso por sus dos Causas de Doctorado, en colaboración con sus dos familias espirituales, los Montfortianos y los Eudistas⁵.

Cuando nuestro Papa León manifestó su intención de declarar a John Henry Newman Doctor de la Iglesia, le envié inmediatamente una petición a favor de estos dos Doctorados (**Anexo 3**). Se trata de dos sacerdotes que recibieron en París una excelente formación teológica de nivel universitario, pero son sobre todo dos místicos que experimentan en el Amor toda la Verdad del Misterio de Jesús. Son maestros espirituales, misioneros y fundadores de nuevas familias en la Iglesia.

Su gran contribución a la espiritualidad mariana del Pueblo de Dios es uno de los frutos más bellos de la nueva propuesta cristocéntrica de Bérulle, en la perspectiva de San Anselmo sobre Jesús Dios-Hombre, pero en respuesta a los nuevos retos de la modernidad naciente. Bérulle es a la vez un místico y un especulador genial, cuyo principal mérito ha sido superar la antítesis entre el teocentrismo de la Edad Media y el antropocentrismo del Renacimiento, en una nueva propuesta de cristocentrismo, como «teoantropocentrismo». El centro de todo no es solo Dios ni solo el hombre, sino el Dios-Hombre Jesucristo. Se podría hablar de un verdadero «giro teo-antropológico» de Bérulle, que marcó profundamente la teología y la espiritualidad, primero en Francia y luego en toda la Iglesia. En estas inmensas perspectivas del Misterio de Jesús y de la Recapitulación de todas las cosas en Él, se puede percibir mejor el lugar y el papel de María, siempre en relación con la Iglesia. Bérulle profundizó de manera particular en el Misterio de la Maternidad Divina de María como relación inaudita de una simple criatura con la Persona Divina del Hijo.

En esta luz, el Nombre de Jesús ocupa el primer lugar, antes del Nombre de Dios. Esto resulta evidente en los escritos de santa Teresa de Lisieux, donde el Nombre de Jesús es dos veces más frecuente que el Nombre de Dios. El Carmelo de Lisieux era berulliano y Teresa es una de las principales testigos de esta nueva expresión del cristocentrismo.

Al final de sus vidas, Juan Eudes y Luis María escribieron sus obras maestras en las que se sintetiza toda esta doctrina. Por un lado, está *El admirable corazón de la santa Madre de Dios*, completado por san Juan Eudes en 1680, pocos días antes de su muerte, y por otro, el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, escrito por san Luis María alrededor de 1712, pero descubierto solo en 1842. Los dos textos se complementan perfectamente. El de Jean Eudes es muy largo (1500 páginas)⁶, mientras que el de Luis María es breve (200 páginas).

En estos dos textos encontramos la misma síntesis de todo el Misterio cristiano contemplando *a Jesús en María* y *a María en Jesús*, es decir, *a María en el Misterio de Cristo y de la Iglesia* (cf. *Lumen Gentium*, cap. VIII). Jesús está siempre en el centro, como verdadero Dios y verdadero Hombre, con el Padre y el Espíritu Santo. Él es el Absoluto al que María y la Iglesia están totalmente relacionadas.

Como recordó nuestro Papa León en su primer mensaje a los obispos de Francia, el 28 de mayo de 2025, Juan Eudes «fue el primero en celebrar el culto litúrgico de los Corazones de Jesús y María». En realidad, celebró primero el Corazón de María y luego el Corazón de Jesús. Es en el Corazón de María donde descubrió plenamente el Corazón de Jesús. La simbología del Corazón desarrollada por Juan Eudes en *El Corazón Admirable* abarca toda la realidad de Dios y del hombre, de la carne y del espíritu, de la naturaleza y de la gracia.

María es siempre contemplada dentro del Misterio de Jesús, totalmente relacionada con Él y dependiente de Él. Él lo es todo y ella no es nada:

⁵ En 2000 publiqué una nueva edición del *Tratado de la verdadera devoción* y del *Secreto de María* que lo resume, con una larga introducción teológica con vistas al Doctorado: *L'Amour de Jésus en Marie* (Ginebra, 2000, ed. Ad Solem, 2 vol.).

⁶ El texto completo del *Corazón Admirable* se encuentra en los volúmenes VI, VII y VIII de *las Oeuvres Complètes* de San Juan Eudes (París, 1911, ed. Lethielleux y Beauchesne). Nos referimos a esta edición indicando los volúmenes y las páginas.

«¿No teméis ofender la incomparable bondad del adorable Corazón de Jesús, vuestro Dios y vuestro Redentor, si recurrís a la caridad del Corazón de su Madre? ¿No sabéis que María no es nada, no tiene nada y no puede nada si no es por Jesús, para Jesús y en Jesús; y que es Jesús quien lo es todo, quien puede todo y quien lo hace todo en ella? ¿No sabéis que es Jesús quien ha hecho que el Corazón de María sea como es, y que ha querido convertirlo en fuente de luz, de consuelo y de toda clase de gracias para todos aquellos que acudan a él en sus necesidades? ¿No sabéis que Jesús no solo reside y mora continuamente en el Corazón de María, sino que él mismo es el Corazón de María, el Corazón de su Corazón y el alma de su alma; y que, por lo tanto, acudir al Corazón de María significa acudir a Jesús; honrar el Corazón de María significa honrar a Jesús; invocar el Corazón de María significa invocar a Jesús? (VI, p. 189).

Al igual que san Anselmo, pide amar a María con el Corazón de Jesús y amar a Jesús con el Corazón de María:

«Oh Jesús, Hijo único de Dios, que quisiste ser el Hijo único de María y ponernos al rango de sus hijos y de tus hermanos, haznos partícipes, te lo rogamos, del amor que le tienes, así como del amor que ella te tiene, para que amemos a Jesús con el Corazón de María y amemos a María con el Corazón de Jesús, y tengamos un solo corazón y un solo amor con Jesús y María» (VIII, p. 105).

Todo viene de Jesús y todo vuelve a Él. Es Él quien nos da siempre a su Madre para que con Ella podamos amarlo perfectamente. Es la dinámica bautismal de la renuncia como descentramiento de uno mismo para entregarse totalmente a Jesús por medio de María:

«Nuestro Salvador no solo nos ha dado su Corazón divino, junto con el Corazón santo de su bendita Madre, para que sea nuestra regla, sino también para que sea nuestro Corazón: para que, siendo miembros de Jesús e hijos de María, tengamos un solo corazón con nuestro adorable Jefe y nuestra divina Madre, y realicemos todas nuestras acciones con el Corazón de Jesús y de María, es decir, en unión con las santas intenciones y disposiciones con las que Jesús y María realizaban todas sus acciones. Con este fin, tened mucho cuidado, al menos al comienzo de vuestras acciones principales, de renunciar completamente a vosotros mismos y de entregaros a Jesús para uniros a su divino Corazón, que es uno con el de su santa Madre, y para entrar en el amor, la caridad, la humildad y la santidad de este mismo Corazón, con el fin de realizar todas las cosas con las santas disposiciones de las que siempre ha estado lleno (VIII, p. 113-114).

La misma doctrina se encuentra en *el Tratado* de San Luis María, que está admirablemente construido como un «jardín francés» de la época (**Anexo 4**). En la gran dinámica del cristocentrismo trinitario del Símbolo de Nicea-Constantinopla, María es contemplada en el corazón del Misterio de Jesús. Es con Ella y en Ella que Luis María opera una nueva síntesis de todas las verdades de la fe y de la vida cristiana.

De hecho, María ocupa el mismo lugar en el movimiento descendente de la Encarnación y la Pasión Redentora, donde Jesús nos la da como Madre, y en el movimiento ascendente de nuestra divinización⁷. Esto aparece claramente en la articulación de las dos partes del *Tratado*. Luis María contempla primero a María en

⁷ Podemos citar, por ejemplo, este hermoso texto del *Tratado*: «Esta práctica de devoción a la Santísima Virgen es un camino perfecto para ir y unirse a Jesucristo, ya que la divina María es la más perfecta y la más santa de las criaturas puras, y Jesucristo, que vino perfectamente a nosotros, no tomó otro camino en su gran y admirable viaje. El Altísimo, el Incomprensible, el Inaccesible, el que Es, quiso venir a nosotros, pequeños gusanos, que no somos nada. ¿Cómo sucedió esto? El Altísimo descendió perfecta y divinamente a través de la humilde María hasta nosotros, sin perder nada de su divinidad y santidad; y es a través de María que los más pequeños deben ascender perfecta y divinamente al Altísimo sin temer nada. El Incomprensible se ha dejado comprender y contener perfectamente por la pequeña María, sin perder nada de su inmensidad; es también a través de la pequeña María que debemos dejarnos contener y guiar perfectamente sin ninguna reserva. El Inaccesible se ha acercado, se ha unido estrechamente, perfectamente e incluso personalmente a nuestra humanidad a través de María, sin perder nada de su Majestad; también es a través de María que debemos acercarnos a Dios y unirnos a su Majestad perfectamente y estrechamente sin temor a ser rechazados. Por último, Aquel que Es ha querido venir a lo que no es y hacer que lo que no es se convierta en Dios o en Aquel que Es; lo ha hecho perfectamente entregándose y sometiéndose por completo a la joven Virgen María, sin dejar de ser en el tiempo Aquel que Es desde toda la Eternidad; del mismo modo, es a través de María que, aunque no somos nada, podemos llegar a ser semejantes a Dios, por gracia y gloria, entregándonos a ella tan perfecta e íntegramente, que no seamos nada en nosotros mismos y todo en ella, sin temor a equivocarnos» (VD, n. 157).

el Misterio de Cristo y de la Iglesia (n. 1-89) antes de poner de relieve el camino eclesial de la santidad vivido con María y en María (n. 90-273) en el desarrollo de la gracia del nuevo nacimiento bautismal.

Esta espiritualidad mariana y eclesial se basa en el bautismo y encuentra su plenitud en la Eucaristía, Sacramento del Cuerpo y la Sangre de Jesús *Verum Corpus natum de Maria Virgine*. En el final eucarístico de su *Tratado*, Luis María invita a los fieles a vivir la Santa Comunión con María y en María, entregándose totalmente a Jesús a través de Ella (el *Totus Tuus* continuamente respirado y copiado por Juan Pablo II, n. 266).

Luigi Maria nos invita a acoger plenamente en nuestra vida este Don que Jesús Redentor nos ha hecho al darnos a su Madre (cf. Juan 19, 25-27). María nunca deja de darnos a Jesús y de darnos a Él, haciéndonos partícipes de su Fe, de su Esperanza y de su Amor.

La primera «verdad fundamental» de esta espiritualidad mariana es la absolutidad y la centralidad de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, Creador y único Salvador (n. 61). María está totalmente relacionada con Él, hasta tal punto que «la sólida devoción a la Santa Virgen (...) nos es necesaria solo para encontrar perfectamente a Jesucristo, amarlo tiernamente y servirlo fielmente» (n. 62). Del mismo modo, el Espíritu Santo quiere hacernos «copias vivientes de María para amar y glorificar a Jesucristo» (n. 217).

María es Madre de Cristo y de la Iglesia, inseparablemente Madre del Cabeza y de los miembros de su Cuerpo Místico. La maternidad virginal de María en la Encarnación se prolonga en la Iglesia, donde el Espíritu Santo no cesa de formar los miembros del Cuerpo de Cristo⁸. Desde el primer instante de la Encarnación, Jesús es ya la Cabeza del Cuerpo Místico⁹. Al llevar en su seno virginal «a Aquel que los cielos no pueden contener», María ya lleva, en cierto sentido, a los miembros de su Cuerpo Místico. Así, Luis María nos invita a vivir en el seno maternal de María para vivir plenamente nuestra configuración con Cristo Cabeza, como Catalina nos invita a vivir en el costado de Jesús Esposo, para vivir plenamente el misterio de la Santa Iglesia Esposa de Jesús. El dogma de la Asunción nos da la certeza de que María es glorificada en su Cuerpo de Mujer, unido por la eternidad al Cuerpo de Jesús Resucitado. El Concilio destaca el significado eclesiológico y escatológico del dogma de la Asunción (cf. *Lumen Gentium*, n. 68-69).

- Santa Teresa de Lisieux

Designada por el papa Francisco como «Doctora de la síntesis»¹⁰, Teresa de Lisieux integra la espiritualidad mariana del Carmelo en la gran perspectiva del cristocentrismo berulliano¹¹. Como ya hemos observado, esto resulta evidente sobre todo en el hecho de que el nombre de Jesús ocupa el primer lugar, ya

⁸ Louis-Marie utiliza a este respecto el símbolo del «molde»: «María es llamada por san Agustín, y lo es de hecho, el molde viviente de Dios, *forma Dei*, es decir, que solo en ella se formó el Dios-Hombre sin que le faltara ningún rasgo de la Divinidad, y solo en ella puede el hombre formarse en Dios, en la medida en que la naturaleza humana es capaz de ello, por la gracia de Jesucristo. Un escultor puede realizar una figura o un retrato natural de dos maneras: 1º, utilizando su habilidad, su fuerza, su ciencia y la bondad de sus instrumentos para realizar esta figura en un material duro e informe; 2º, puede realizarla en un molde. La primera es larga y difícil y está sujeta a muchos accidentes: a menudo basta un golpe de cincel o de martillo dado de forma inoportuna para arruinar todo el trabajo. El segundo es rápido, fácil y suave, casi sin esfuerzo y sin costes, siempre que el molde sea perfecto y represente lo natural; siempre que la materia que utiliza sea fácil de manejar, sin oponer resistencia alguna a su mano. María es el gran molde de Dios, hecho por el Espíritu Santo, para formar un Hombre Dios por medio de la unión hipostática, y para formar un hombre Dios por medio de la gracia. A este molde no le falta ningún rasgo de la Divinidad; cualquiera que se vierta en él y se deje moldear, recibe todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios, de manera dulce y proporcionada a la debilidad humana, sin demasiada agonía ni esfuerzo; de manera segura, sin temor a las ilusiones, porque el demonio no ha tenido ni tendrá jamás acceso a María, santa e inmaculada, sin la sombra de la más mínima mancha de pecado. ¡Oh, alma querida, qué diferencia hay entre un alma formada en Jesucristo con los medios ordinarios de aquellos que, como los escultores, confían en su habilidad y se fían de su industria, y un alma bien manejable, bien fundida, bien fusionada, que, sin apoyarse en sí misma, se entrega a María y se deja moldear por la obra del Espíritu Santo! Cuántas manchas, cuántos defectos, cuánta oscuridad, cuántas ilusiones, cuánta mundanalidad hay en la primera alma; y cuán pura, divina y semejante a Jesucristo es la segunda! (*Secreto de María*, n. 16-18).

⁹ San Pablo VI recordó esta verdad en su solemne discurso al Concilio, promulgando la Constitución *Lumen Gentium* y declarando a María *Madre de la Iglesia* (21 de noviembre de 1964).

¹⁰ Exhortación Apostólica *C'est la confiance* (n. 51),

¹¹ Cf. mi libro: *L'Amore di Gesù. La cristologia di santa Teresa di Gesù Bambino* (Roma, 1999, Libreria Editrice Vaticana).

que está presente en sus escritos con una frecuencia doble respecto al nombre de Dios. Junto con el nombre de Jesús, la palabra «amor» es la más frecuente, junto con el verbo «amar», lo que se resume en las palabras que ella misma grabó en la pared de su celda: «Jesús es mi único amor».

En uno de sus primeros poemas, nos da la clave de su espiritualidad mariana, siempre perfectamente cristocéntrica:

«Oh Virgen Inmaculada, tú eres mi Dulce Estrella
que me das a Jesús y me unes a Él.
Oh Madre, déjame descansar bajo tu velo
solo por hoy»¹².

¡Todo está ya dicho en estas sencillas palabras! Jesús nos ha dado a su Madre para que ella nos lo entregue siempre y nos una a Él. Teresa utiliza abundantemente esta simbología tradicional del velo o manto de María para significar su maternidad eclesial. Entró en el Carmelo para vivir «oculta a la sombra de su manto virginal» (Ms A, 57r). Para Teresa, vivir bajo el velo o el manto de María significa compartir su intimidad con Jesús en todos sus Misterios, desde la Encarnación hasta la Cruz, pasando por la Resurrección y la gloria del Cielo.

Durante el noviciado, Teresa escribe una maravillosa carta a su prima Marie Guérin, que había dejado de comulgar debido a sus escrúpulos. La invita a comulgar con frecuencia, insistiendo no tanto en su deseo de recibir a Jesús, sino en el deseo de Jesús de venir a ella y donarse a ella¹³. Finalmente, le dice: «No temas amar *demasiado* a la Santísima Virgen, *nunca* la amarás lo suficiente, y Jesús estará muy contento porque la Santísima Virgen es su Madre» (LT 92). Con estas sencillas palabras, Teresa nos ofrece la mejor interpretación del dicho medieval *De Maria nunquam satis*, a menudo malinterpretado por los predicadores de su época, en el sentido de privilegios y hechos maravillosos y extraordinarios que, según los apócrifos, habrían llenado la vida de María. Teresa lo interpreta correctamente desde el punto de vista del Amor. Nunca se amaré lo suficiente (*nunquam satis*) a María, según el deseo del mismo Jesús. Para san Luis María de Montfort, el error de los «devotos escrupulosos» es precisamente el de ver el amor a María en competencia con el amor a Jesús, el temor de no amar lo suficiente a Jesús por amar demasiado a María¹⁴. Esta carta es un ejemplo de la presencia continua del hilo eucarístico y del hilo mariano en la vida de Teresa.

Teresa contempla a María y a la Iglesia en la gran Luz del Amor de Jesús, esa luz que ilumina todos sus escritos. En su última encíclica *Dilexit nos*, que es su testamento espiritual, el Papa Francisco dedica un amplio espacio a Teresa de Lisieux como testigo privilegiada *del Amor humano y divino del Corazón de Jesucristo*. En el último capítulo, recomienda su *Oferta al Amor Misericordioso* como la mejor expresión de la espiritualidad y la consagración al Sagrado Corazón. Es a la luz de los Corazones de Jesús y María donde descubre el Corazón de la Iglesia (*Manuscrito B*)¹⁵.

María y la Iglesia son siempre contempladas en la perspectiva del cristocentrismo trinitario del Símbolo de Nicea-Constantinopla. Teresa da la expresión más completa de ello en su *Ofrenda al Amor Misericordioso*. Su continuo acto de amor «Jesús, te amo» la sumerge en el corazón de la comunión trinitaria:

¹² P 5, str 11. Los textos de Teresa están citados en el volumen de sus *Obras Completas* (París, 1992, ed. Cerf/DDB, traducción italiana publicada en 1997 por la Librería Editrice Vaticana junto con las Ediciones OCD), con las siglas Ms para los tres *Manuscritos Autobiográficos* A, B y C (con indicación de las hojas recto/verso), LT para las *Cartas*, P para las *Poesías*, PR para las *Recreaciones Pías* y Pr para las *Oraciones*. *Historia de un alma* es el libro de Teresa que recoge sus escritos esenciales: los tres *Manuscritos Autobiográficos* y las dos *Oraciones* principales: *La Oración en el día de su Profesión Religiosa* y *la Ofrenda al Amor Misericordioso* (Roma, 2015, ed. OCD, con prefacio de Benedicto XVI y presentación de F.M. Léthel ocd).

¹³ Esta carta impresionó especialmente a San Pío X cuando abrió la causa de beatificación de Teresa. Le animaba en su compromiso a favor de la comunión frecuente y diaria. Profetizó que sería «la santa más grande de los tiempos modernos». También el Papa Francisco insiste en el valor de esta espiritualidad eucarística de Teresa (*È la fiducia*, n. 22).

¹⁴ «Los devotos *escrupulosos* son personas que temen deshonorar al Hijo al honrar a la Madre, menospreciar a uno al exaltar a la otra» (*Tratado de la verdadera devoción*, n. 94).

¹⁵ Según el papa Francisco, este es uno de los mayores descubrimientos de Teresa, una de sus mayores contribuciones al Pueblo de Dios (*Es la confianza*, n. 38-41).

«Ah, tú lo sabes, Divino Jesús, te amo / El Espíritu de Amor me inflama con su fuego / Es amándote como atraigo al Padre» (P 17 str 2).

La Divinidad de las Tres Personas, unida a nuestra Humanidad en la Persona del Hijo, resplandece a través del atributo de la Misericordia, a través de la cual Teresa contempla la Justicia y todas las demás perfecciones divinas. Más que todos los santos que la precedieron, ella penetró toda la profundidad de la Infinita Misericordia, y esta es la fuente de su esperanza ilimitada por la salvación de todos sus hermanos¹⁶.

En la Persona de Jesús, la infinita grandeza de la Divinidad se une a la extrema pequeñez de nuestra Humanidad. Para ella, como para san Francisco de Asís, la pequeñez y la pobreza son ante todo la pequeñez y la pobreza del Hijo de Dios, que se rebaja hasta el extremo en los Misterios de la Encarnación, la Pasión y la Eucaristía, «pues es propio del Amor rebajarse» (Ms A, 2v). Da la síntesis más bella en su última *Carta*, unas pocas líneas sobre una imagen pintada por ella misma que representa al Niño Jesús en la Hostia consagrada entre las manos del sacerdote: «No puedo temer a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí. ¡Lo amo! Porque es solo Amor y Misericordia» (LT 266).

La carmelita llamada Teresa del Niño Jesús del Santo Rostro vive una comunión privilegiada con los Misterios de la Encarnación y de la Pasión Redentora, y esto siempre en la unión más íntima con Jesús en su vida oculta de carmelita bajo el velo o el manto de María.

Con un lenguaje sencillo, expresa la mejor cristología de la Iglesia. El Niño Jesús, tan débil y frágil en los brazos de María, no ha perdido su Divinidad al asumir nuestra Humanidad. Él sigue siendo el Dios Todopoderoso y Creador, y en su Humanidad ya es el Salvador que conoce y ama personalmente a cada uno de nosotros:

«Con tu manita que acariciaba a María
sustentabas el mundo y le dabas vida
y pensabas en mí» (P 24, estrofa 6).

En el mismo poema, contemplando a Jesús en su agonía, ella le dice: «Tú me has visto» (estrofa 21). Esta es una gran verdad cristológica, esencial para nuestra comunión con los Misterios de su vida terrenal. Su fundamento teológico fue explicado por Santo Tomás: desde el primer instante de la Encarnación en el seno de María, el alma de Jesús siempre tuvo la visión de Dios cara a cara (y no la fe). Al igual que Catalina, Juan Eudes, Luis María y otros místicos, Teresa nos muestra la importancia de esta verdad para nuestra vida. Podemos amar verdaderamente a Jesús en su infancia y en todos los Misterios de su vida terrenal porque Él nos amó primero en sus Misterios. Al leer el Evangelio con el continuo acto de amor: «Jesús, te amo», Teresa se convierte en contemporánea de todos estos Misterios. Es la caridad teologal por medio de la cual el Espíritu Santo la hace salir de sí misma para entrar en el Corazón de Jesús. Es el carácter «extático» del Amor según Dionisio el Areopagita (*ágape* y *eros*).

La mística cristocéntrica de Teresa se caracteriza por este doble hilo eucarístico y mariano, a partir de las dos experiencias fundamentales de su infancia, que son la «sonrisa de María» (Ms A, 29v-30v) y su Primera Comunión seguida de la Consagración a María (Ms A, 34rv). Al vivir la Eucaristía con María en la Iglesia, vive la Comunión como la unión más íntima entre el Esposo y su Esposa (P 33, str 3), entre el Hijo y su Madre, comunicándose con María en el Misterio de la Encarnación. Así, en su gran poema mariano *Perché ti amo, o Maria* (**Anexo 5**), después de contemplar la Encarnación del Hijo en el momento de la Anunciación, se identifica con María a través de la comunión eucarística:

«¡Oh Madre muy amada! A pesar de mi pequeñez
como tú, poseo en mí al Todopoderoso.
Y no tiemblo al ver mi debilidad:
el tesoro de la madre pertenece al hijo

¹⁶ El papa Francisco insiste en este punto: «Para Teresa, en efecto, Dios resplandece sobre todo en su misericordia, clave para comprender todo lo que se dice de Él: “¡Me ha dado su *infinita misericordia*, y es a través de ella que contemplo y adoro las otras perfecciones divinas! Entonces todas me parecen radiantes *de amor*, la misma Justicia (y quizás más que todas las demás) me parece revestida de amor» (Ms A, 83v). Este es uno de los descubrimientos más importantes de Teresa, una de sus mayores contribuciones a todo el pueblo de Dios. Entró de manera extraordinaria en las profundidades de la misericordia divina y de ella extrajo la luz de su esperanza sin límites» (*C'est la confiance*, n. 27).

y yo soy tu hija, oh Madre amada mía.
 ¿Acaso tus virtudes, tu amor, no son también míos?
 Así, cuando la blanca Hostia desciende a mi corazón,
 Jesús, tu dulce Cordero, cree descansar en ti» (P 54, estrofa 5).

Contrariamente a la opinión común de su época, Teresa era consciente de conservar continuamente en sí misma la presencia de Jesús Eucaristía, como «su copa preferida», su «santuario viviente» (P 24, estrofas 29-30) y su Tabernáculo Viviente. Sufriendo por no poder recibir la Comunión todos los días, le dice a Jesús en su *Ofrenda al Amor Misericordioso*: «Quédate en mí como en el Sagrario». Interpretaba de manera realista las palabras de Jesús: «El que come mi carne y bebe mi sangre permanece (*menei*) en mí y yo en él» (Jn 6, 56), sin imaginar un milagro de permanencia de las especies eucarísticas en su cuerpo (según una opinión de su tiempo, compartida por sus hermanas). Los «accidentes» del pan y del vino son el velo de la fe que cubre la «sustancia» del Cuerpo y la Sangre de Jesús. Después de la Comunión, cuando este velo desaparece, queda la sustancia del Cuerpo de Jesús que se ha incorporado a nosotros y nos ha incorporado a Él en esta unión íntima e inmediata de caridad, la misma en la tierra como en el Cielo¹⁷.

El poema *¡Por qué te amo, oh María!* es el último poema de Teresa y la síntesis de su espiritualidad mariana. Se basa exclusivamente en el texto del Evangelio, releyendo todos los pasajes en los que María está presente, repitiendo continuamente el acto de amor: «¡Te amo, oh María!». A través de María, este acto de amor se dirige siempre a Jesús, a Jesús por María.

A los predicadores de su tiempo que hablaban de la grandeza y los privilegios de María de manera inexacta y triunfalista, ella les recuerda el principal privilegio de María en su vida terrenal, el privilegio de la pequeñez y la pobreza. María es la más grande en el Reino de los Cielos porque es la más pequeña (cf. Mt 18, 4). Es en la extrema pobreza del nacimiento de Jesús donde Teresa contempla la verdadera grandeza de la Madre de Dios y la grandeza divina de su Hijo en la extrema pequeñez de la Encarnación:

«Más tarde, en Belén, ¡oh José y María!
 os veo rechazados por todos los habitantes.
 Nadie quiere acoger en su posada
 a los pobres extranjeros, el lugar es para los grandes...
*El lugar es para los grandes y es en un establo
 donde la Reina de los Cielos debe dar a luz a un Dios.*
 Oh, mi querida Madre, cuán adorable te encuentro,
 cuán grande te encuentro en un lugar tan pobre...

Cuando veo al Eterno envuelto en pañales,
 cuando oigo el débil llanto del Verbo Divino,
 oh, mi querida Madre, ya no envidio a los ángeles,
 pues su Poderoso Señor es mi amado Hermano...
 ¡Cuánto te amo, María, tú que en nuestras costas
 has hecho florecer esta divina Flor!...
 Cuánto te amo, al escuchar a los pastores y a los magos
 y [tú] que guardas con cuidado todo en tu corazón! (P 54, str 9 y 10).

En el mismo período, Teresa escribió el impactante relato de su gran «prueba contra la fe», que la acerca fraternalmente a todos los ateos del mundo moderno, a quienes ella llama «mis hermanos» (Ms C, 4v-7v). Sin ceder nunca a la duda, cree heroicamente caminando siempre con María en la mayor oscuridad de la fe: «Madre, tu dulce Hijo quiere que seas el ejemplo / Del alma que lo busca en la noche de la Fe» (str 15). Mientras que los apócrifos llenan la vida de María de acontecimientos maravillosos, nuestros Evangelios nos revelan una vida muy sencilla:

«Sé que en Nazaret, Madre llena de gracia,

¹⁷ Esta espiritualidad eucarística y mariana fue vivida en la misma familia del Carmelo por la Venerable Sor Lucía de Fátima. Véase mi libro escrito en colaboración con Sor Ángela Coelho, vicepostuladora de la Causa de Lucía: *Vivere nella Luce di Dio. Itinerario di Lucia di Gesù, Apostola di Fatima a partire dal Carmelo* (Roma, 2025, ed OCD).

vives muy pobremente, sin querer nada más,
ningún raptó, ningún milagro, ningún éxtasis
embellecen tu vida, Reina de los elegidos!...

Es muy grande en la tierra el número de los pequeños
que, sin temblar, pueden levantar los ojos hacia ti.

Es por el camino común, Madre incomparable,
que te gusta recorrer para guiarlos al Cielo» (str 17).

Hija y discípula de San Juan de la Cruz, Teresa relativiza todos aquellos fenómenos místicos que están ausentes en su vida. María fue la primera en seguir este «camino común», el «pequeño camino» accesible a todos los pequeños. María comparte con toda la Iglesia la perfección de su fe, de su esperanza y de su amor, y en esto es imitable por todos.

Así, Teresa camina con María desde el Pesebre hasta la Cruz, momento culminante de su fe, en su plena participación en el Sacrificio Redentor de su Hijo. Es aquí donde María le inspira la más bella definición del Amor (subrayada por Teresa): «Amar es darlo todo y darse a sí mismo» (str 22).

Su *Oferta al Amor Misericordioso como Víctima de Holocausto* es precisamente el don total (*holos*) de sí misma al Fuego del Espíritu de Amor que consumió en la Cruz el Sacrificio del único Redentor. Ella «abandona su ofrenda» a María, exactamente como lo hacía San Luis María en su Consagración a Jesús por María, con el otro símbolo bíblico de la «Esclavitud del Amor», en referencia a Jesús que asumió la condición de esclavo hasta la muerte en la Cruz (cf. Flp 2, 7-8). Esta entrega total de sí mismo abre nuestro corazón a la abundancia del Don de Dios, es decir, a esa nueva intensidad de vida de fe, esperanza y amor que es la esencia de la vida mística, independientemente de cualquier fenómeno extraordinario. El Papa Francisco lo dice muy claramente:

«Al final de la *Historia de un alma*, Teresa nos ofrece su *Ofrenda como Víctima de Holocausto al Amor Misericordioso del Buen Dios* (Pri 6). Abandonándose completamente a la acción del Espíritu, recibe, sin ruido ni signos particulares, la sobreabundancia del agua viva: «Los ríos, o mejor dicho, los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma...» (Ms A, 84r). Es la vida mística que, aunque carente de fenómenos extraordinarios, se propone a todos los fieles como experiencia cotidiana de amor» (*È la fiducia*, n. 35).

Por último, sobre la delicada cuestión de la cooperación de María y de la Iglesia en el Misterio de la Redención, Teresa nos ofrece una gran luz en dos textos: por un lado, su relato de la salvación del criminal Pranzini, su «primer hijo» (Ms A, 45v-46v), y por otro, su obra teatral sobre *la Huida a Egipto* (PR 6).

A los 14 años, antes de entrar en el Carmelo, en el contexto eucarístico de la misa dominical, Teresa quedó impresionada por una imagen de Jesús crucificado y tomó la decisión de permanecer espiritualmente a los pies de la Cruz para recoger la Sangre de Jesús y comunicarla a las almas que más la necesitaban, los grandes pecadores que se encontraban en el mayor peligro, el de la muerte eterna en el infierno, rechazando hasta el final la Misericordia del Redentor.

Cuando Teresa tomó esta decisión, Jesús le dijo las mismas palabras que le había dicho a María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (cf. Jn 19, 26). Le indicó a este «primer hijo» sin revelaciones extraordinarias, sino simplemente a través de los periódicos que hablaban de Pranzini, ese «monstruo» que había asesinado a dos mujeres y una niña, condenado a muerte e impenitente. Por él, Teresa hace celebrar la Misa para ponerlo en contacto con la Sangre de Jesús, queriendo «a toda costa impedir que cayera en el infierno». Ella espera con absoluta confianza que él se salve, incluso sin confesión y sin ningún signo de arrepentimiento, y da la razón en el : «Tanta confianza tenía en la Misericordia Infinita de Jesús». Toda la salvación está contenida en la Sangre de Jesús, a la que nadie puede añadir nada, ni Teresa, ni María, ni la Iglesia. La cooperación amorosa de María y de la Iglesia, como Madre y Esposa, es precisamente esta «mediación» entre el Redentor y el hombre pecador redimido por su sangre: «Era un verdadero intercambio de Amor; a las almas les daba la Sangre de Jesús, a Jesús le ofrecía estas mismas almas refrescadas por su rocío divino».

La dimensión mariana de esta primera y fundamental experiencia de maternidad espiritual se explica en Teresa en su obra teatral *sobre la Huida a Egipto*, en el diálogo entre María y Susana, esposa del jefe de los brigantes y madre del pequeño Dimas, que se convertirá en el Buen Ladrón del Evangelio. Las palabras que Teresa atribuye a María corresponden exactamente a su relato de la salvación de Pranzini:

«Sin duda, aquellos a quienes amáis ofenderán al Dios que los ha colmado de bendiciones; sin embargo, confiad en la infinita misericordia del Buen Dios; ella es tan grande que borra los crímenes más graves cuando encuentra

un Corazón de Madre que deposita en ella toda su confianza. Jesús no desea la muerte del pecador, sino que se convierta y viva eternamente. Este Niño que, sin esfuerzo, acaba de curar a vuestro hijo de la lepra, un día lo curará de una lepra mucho más peligrosa... Entonces, un simple baño ya no será suficiente, Dimas deberá ser lavado en la sangre del Redentor... Jesús morirá para dar la vida a Dimas y este entrará el mismo día que el Hijo de Dios en su reino celestial» (RP 6, 10r).

Se puede admirar la exactitud teológica de este texto. Solo Jesús salva. El Niño Jesús, que curó al pequeño Dimas de la lepra con un simple baño, lo curará más tarde de la lepra del pecado lavándolo en su Sangre. Mientras que algunas representaciones populares mostraban a María más misericordiosa que Jesús, Teresa la presenta como la Madre que intercede ante su Hijo con total confianza en su infinita misericordia, contenida íntegramente en su Sangre redentora.

- San Juan Bosco y la Familia Salesiana

La misma espiritualidad eucarística y mariana encontró una de sus máximas expresiones en San Juan Bosco y en su familia salesiana. Para él, Jesús Eucaristía y María Inmaculada son como las «dos columnas» de la Iglesia en la tormenta. El Papa Francisco recordó a los salesianos de Turín su enseñanza sobre los «tres amores blancos», que son Jesús Eucaristía, María y el Papa, una expresión sencilla y popular del amor de Jesús, de María y de la Iglesia que debe animar a los fieles.

Más recientemente, esta espiritualidad eucarística y mariana ha sido vivida y profundizada por dos hijas espirituales de Don Bosco en vías de beatificación: la Sierva de Dios Vera Grita, Cooperadora Salesiana (1923-1969) y la Sierva de Dios Rosetta Marchese, Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora (1922-1984). Sin conocerse, vivieron la misma experiencia de ser «Tabernáculos Vivos», custodiando en sí mismas la Presencia Eucarística de Jesús para hacerla resplandecer misteriosamente en el mundo, en una perspectiva profundamente misionera¹⁸. Su testimonio es importante para la familia salesiana y para toda la Iglesia, para vivir cada vez más profundamente con María la Eucaristía como el gran Sacramento del Amor de Jesús en el Corazón de su Iglesia, para redescubrir toda la importancia y el valor de la Comunión diaria y de la Adoración Eucarística.

Conclusión

Al final de este recorrido, podemos citar a San Pablo VI al término de la Audiencia General del 27 de mayo de 1964, durante el Concilio:

«Concluimos fijando en nuestros corazones la convicción de que María y la Iglesia son realidades esencialmente injertadas en el designio de salvación que nos ofrece el único principio de gracia y el único mediador entre Dios y los hombres, que es Cristo; ¡esencialmente! *Y que quien ama a María debe amar a la Iglesia; como quien quiere amar a la Iglesia debe amar a la Virgen.* Saber unir en nuestra devoción, salvando toda proporción y toda diferencia, a María y a la Iglesia, sea el recuerdo de esta audiencia, y lo confirme nuestra bendición apostólica».

Lisieux, 14 de noviembre de 2025
en la fiesta de todos los Santos del Carmelo

François-Marie Léthel ocd

¹⁸ Yo mismo participé con los Salesianos en la publicación de los escritos espirituales de Vera Grita en el volumen titulado *¡Llévame contigo!* (Turín, 2017, ed. Elledici, próxima publicación en traducción francesa). He escrito un artículo sobre Madre Rosetta Marchese: *La presencia permanente del Cuerpo de Jesús en nosotros después de la comunión como verdadera morada eucarística, según la Sierva de Dios Madre Rosetta Marchese* (Revista online *Mysterion*, septiembre de 2021).

Miembro de la Pontificia Academia de Teología
Asesor del Dicasterio para las Causas de los Santos

Anexo 1

SAN JUAN PABLO II: *Carta a los religiosos y religiosas de las Familias Monfortianas* (8 de diciembre de 2003)

Un texto clásico de la espiritualidad mariana

1. Hace ciento sesenta años se publicó una obra destinada a convertirse en un clásico de la espiritualidad mariana. San Luis María Grignon de Montfort compuso el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* a principios del siglo XVIII, pero el manuscrito permaneció prácticamente desconocido durante más de un siglo. Cuando finalmente, casi por casualidad, fue descubierto en 1842 y publicado en 1843, tuvo un éxito inmediato, revelándose como una obra de extraordinaria eficacia en la difusión de la «verdadera devoción» a la Santísima Virgen. Yo mismo, en los años de mi juventud, saqué un gran provecho de la lectura de este libro, en el que «encontré la respuesta a mis perplejidades» debidas al temor de que el culto a María, «al expandirse excesivamente, acabara por comprometer la supremacía del culto debido a Cristo» (*Dono e mistero*, p. 38). Bajo la sabia guía de San Luis María, comprendí que, si se vive el misterio de María en Cristo, ese riesgo no existe. El pensamiento mariológico del Santo, de hecho, «está arraigado en el Misterio trinitario y en la verdad de la Encarnación del Verbo de Dios» (*ibíd.*).

La Iglesia, desde sus orígenes, y especialmente en los momentos más difíciles, ha contemplado con especial intensidad uno de los acontecimientos de la Pasión de Jesucristo relatado por san Juan: «Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás y María de Magdala. Entonces Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo que él amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquel momento el discípulo la acogió en su casa» (*Jn* 19, 25-27). A lo largo de su historia, el Pueblo de Dios ha experimentado este don realizado por Jesús crucificado: el don de su Madre. María Santísima es verdaderamente nuestra Madre, que nos acompaña en nuestra peregrinación de fe, esperanza y caridad hacia la unión cada vez más intensa con Cristo, único salvador y mediador de la salvación (cf. Const. *Lumen gentium*, nn. 60 y 62).

Como es sabido, en mi escudo episcopal, que es la ilustración simbólica del texto evangélico que acabamos de citar, el lema *Totus tuus* se inspira en la doctrina de san Luis María Grignon de Montfort (cf. *Dono e mistero*, pp. 38-39; *Rosarium Virginis Mariae*, 15). Estas dos palabras expresan la pertenencia total a Jesús por medio de María: «*Tuus totus ego sum, et omnia mea tua sunt*», escribe san Luis María; y traduce: «Todo mío soy, y todo lo mío es tuyo, mi amado Jesús, por medio de María, tu santa Madre» (*Tratado de la verdadera devoción*, 233). La doctrina de este santo ha ejercido una profunda influencia en la devoción mariana de muchos fieles y en mi propia vida. Se trata de una *doctrina vivida*, de notable profundidad ascética y mística, expresada con un estilo vivo y ardiente, que utiliza a menudo imágenes y símbolos. Sin embargo, desde la época en que vivió san Luis María, la teología mariana se ha desarrollado mucho, sobre todo gracias a la decisiva contribución del Concilio Vaticano II. A la luz del Concilio, hay que releer e interpretar hoy la doctrina monfortiana, que conserva, no obstante, su validez sustancial.

En la presente Carta, quisiera compartir con vosotros, religiosos y religiosas de las Familias Monfortianas, la meditación de algunos pasajes de los escritos de San Luis María, que nos ayuden en estos momentos difíciles a alimentar nuestra confianza en la mediación maternal de la Madre del Señor.

Ad Iesum per Mariam

2. San Luis María propone con singular eficacia la contemplación amorosa del misterio de la Encarnación. La verdadera devoción mariana es cristocéntrica. De hecho, como recordó el Concilio Vaticano II, «la Iglesia, pensando piadosamente en ella (en María) y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, penetra con veneración y más profundamente en el altísimo misterio de la Encarnación» (Const. *Lumen gentium*, 65).

El amor a Dios mediante la unión con Jesucristo es la finalidad de toda auténtica devoción, porque — como escribe san Luis María, Cristo «es nuestro único maestro que debe instruirnos, nuestro único Señor del que debemos depender, nuestro único Jefe al que debemos permanecer unidos, nuestro único modelo al que debemos conformarnos, nuestro único médico que debe curarnos, nuestro único pastor que debe alimentarnos,

nuestra un único camino que debe conducirnos, nuestra única verdad en la que debemos creer, nuestra única vida que debe vivificarnos y nuestro único todo, en todas las cosas, que debe bastarnos» (*Tratado de la verdadera devoción*, 61).

3. La devoción a la Santa Virgen es un medio privilegiado «para encontrar a Jesucristo perfectamente, para amarlo tiernamente y servirlo fielmente» (*Tratado de la verdadera devoción*, 62). Este deseo central de «amar tiernamente» se dilata inmediatamente en una ardiente oración a Jesús, pidiendo la gracia de participar en la indescriptible comunión de amor que existe entre Él y su Madre. La total docilidad de María a Cristo, y en Él a la Santísima Trinidad, se experimenta ante todo en la observación: «Cada vez que piensas en María, María piensa por ti en Dios. Cada vez que alabas y honras a María, María alaba y honra a Dios contigo. María es totalmente amor a Dios, y yo la llamaría muy bien *la relación de Dios*, que no existe sino en relación con Dios, o *el eco de Dios*, que no dice ni repite sino a Dios. Si dices María, ella repite Dios. Santa Isabel alabó a María y la llamó bienaventurada por haber creído. María, el fiel eco de Dios, entonó: *Magnificat anima mea Dominum*: mi alma glorifica al Señor. Lo que María hizo en aquella ocasión, lo repite cada día. Cuando es alabada, amada, honrada o recibe algo, Dios es alabado, Dios es amado, Dios es honrado, Dios recibe por las manos de María y en María» (*Tratado de la verdadera devoción*, 225).

Es todavía en la oración a la Madre del Señor donde san Luis María expresa la dimensión trinitaria de su relación con Dios: «¡Te saludo, María, Hija predilecta del Padre eterno! ¡Te saludo, María, Madre admirable del Hijo! ¡Te saludo, María, Esposa fidelísima del Espíritu Santo!» (*Secreto de María*, 68). Esta expresión tradicional, ya utilizada por san Francisco de Asís (cf. *Fuentes Franciscanas*, 281), aunque contiene niveles heterogéneos de analogía, es sin duda eficaz para expresar de alguna manera la participación peculiar de la Virgen María en la vida de la Santísima Trinidad.

4. San Luis María contempla todos los misterios a partir de *la Encarnación* que se cumplió en el momento de la Anunciación. Así, en *el Tratado de la verdadera devoción*, María aparece como «el verdadero paraíso terrenal del Nuevo Adán», la «tierra virgen e inmaculada» de la que Él fue formado (n. 261). Ella es también la *Nueva Eva*, asociada al *Nuevo Adán* en la obediencia que repara la desobediencia original del hombre y de la mujer (cf. *ibíd.*, 53; San Ireneo, *Adversus haereses*, III, 21, 10-22, 4). Por medio de esta obediencia, el Hijo de Dios entra en el mundo. La misma Cruz está ya misteriosamente presente en el instante de la Encarnación, en el momento de la concepción de Jesús en el seno de María. De hecho, *el ecce venio* de la Carta a los Hebreos (cf. 10, 5-9) es el acto primordial de obediencia del Hijo al Padre, ya aceptación de su Sacrificio redentor «cuando entra en el mundo».

«Toda nuestra perfección —escribe san Luis María Grignon de Montfort— consiste en ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo. Por eso la más perfecta de todas las devociones es sin duda, aquella que nos conforma, une y consagra más perfectamente a Jesucristo. Ahora bien, siendo María la criatura más conforme a Jesucristo, se deduce que, entre todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a Nuestro Señor es la devoción a María, su santa Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a María, más consagrada estará a Jesucristo» (*Tratado de la verdadera devoción*, 120). Dirigiéndose a Jesús, san Luis María expresa lo maravillosa que es la unión entre el Hijo y la Madre: «Ella está tan transformada en ti por la gracia, que ya no vive, ya no es: solo tú, mi Jesús, vives y reinas en ella... ¡Ah! Si se conociera la gloria y el amor que recibes en esta admirable criatura... Ella está tan íntimamente unida a ti... De hecho, ella te ama más ardientemente y te glorifica más perfectamente que todas las demás criaturas juntas» (*ibíd.*, 63).

María, miembro eminente del Cuerpo místico y Madre de la Iglesia

5. Según las palabras del Concilio Vaticano II, María «es reconocida como miembro sobresaliente y singular de la Iglesia, imagen y modelo excelentísimo de fe y caridad» (Const. *Lumen gentium*, 53). La Madre del Redentor también ha sido redimida por él, de manera única en su Inmaculada Concepción, y nos ha precedido en esa escucha creyente y amorosa de la Palabra de Dios que nos hace bienaventurados (cf. *ibíd.*, 58). También por esto, María «está íntimamente unida a la Iglesia: la Madre de Dios es la figura (*typus*) de la Iglesia, como ya enseñaba san Ambrosio, en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. De hecho, en el misterio de la Iglesia, que también es llamada con razón madre y virgen, la Santísima Virgen María es la primera, dando de manera eminente y singular el ejemplo de la virgen y de la madre» (*ibíd.*, 63). El mismo Concilio contempla a María como *Madre de los miembros de Cristo* (cf. *ibíd.*, 53; 62), y así Pablo VI la proclamó *Madre de la Iglesia*. La doctrina del Cuerpo Místico, que expresa de manera más intensa la unión de Cristo con la Iglesia, es también el fundamento bíblico de esta afirmación. «La cabeza y los

miembros nacen de una misma madre» (*Tratado de la verdadera devoción*, 32), nos recuerda san Luis María. En este sentido, decimos, que, por obra del Espíritu Santo, los miembros están unidos y conformados a Cristo Cabeza, Hijo del Padre y de María, de tal manera que «todo verdadero hijo de la Iglesia debe tener a Dios por Padre y a María por Madre» (*Segreto di Maria*, 11).

En Cristo, Hijo Unigénito, somos realmente hijos del Padre y, al mismo tiempo, hijos de María y de la Iglesia. En el nacimiento virginal de Jesús, de alguna manera renace en toda la humanidad. A la Madre del Señor «se le pueden aplicar, de manera más verdadera que san Pablo a sí mismo, estas palabras: «Hijos míos, a quienes vuelvo a dar a luz en dolor, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (*Gálatas* 4,19). Yo doy a luz cada día a los hijos de Dios, hasta que en ellos sea formado Jesucristo, mi Hijo, en la plenitud de su edad» (*Tratado de la verdadera devoción*, 33). Esta doctrina encuentra su más bella expresión en la oración: «*Oh Espíritu Santo, concédeme una gran devoción y una gran inclinación hacia María, un sólido apoyo en su seno maternal y un asiduo recurso a su misericordia, para que en ella puedas formar a Jesús dentro de mí*» (*Segreto de María*, 67).

Una de las expresiones más elevadas de la espiritualidad de San Luis María Grignon de Montfort se refiere a la identificación del fiel con María en su amor por Jesús, en su servicio a Jesús. Meditando sobre el conocido texto de san Ambrosio: «Que el alma de María esté en cada uno para glorificar al Señor, que el espíritu de María esté en cada uno para exultar en Dios» (*Expos. in Luc.*, 12,26: PL 15, 1561), escribe: «¡Cuán feliz es un alma cuando... está totalmente poseída y guiada por el espíritu de María, que es un espíritu dulce y fuerte, celoso y prudente, humilde y valiente, puro y fecundo» (*Tratado de la verdadera devoción*, 258). La identificación mística con María está totalmente orientada a Jesús, como se expresa en la oración: «Por último, mi carísima y amadísima Madre, haz, si es posible, que no tenga otro espíritu que el tuyo para conocer a Jesucristo y sus divinos deseos; que no tenga otra alma que la tuya para alabar y glorificar al Señor; que no tenga otro corazón que el tuyo para amar a Dios con caridad pura y ardiente como tú» (*Segreto de María*, 68).

La santidad, perfección de la caridad

6. La Constitución *Lumen gentium* recita aún: «Mientras que la Iglesia ha alcanzado ya en la Santísima Virgen la perfección que la hace sin mancha y sin arruga (cf. Ef 5, 27), los fieles se esfuerzan aún por crecer en santidad, combatiendo el pecado; y por eso elevan sus ojos a María, que resplandece como ejemplo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos» (n. 65). La santidad es la perfección de la caridad, de ese amor a Dios y al prójimo que es el objeto del mayor mandamiento de Jesús (cf. Mt 22, 38), y es también el mayor don del Espíritu Santo (cf. 1 Cor 13, 13). Así, en sus Cánticos, san Luis María presenta sucesivamente a los fieles la excelencia de la caridad (Cántico 5), la luz de la fe (Cántico 6) y la firmeza de la esperanza (Cántico 7).

En la espiritualidad monfortiana, el dinamismo de la caridad se expresa especialmente a través del símbolo de *la esclavitud del amor a Jesús*, siguiendo el ejemplo y con la ayuda maternal de María. Se trata de la plena comunión con *la kénosis* de Cristo, comunión vivida con María, íntimamente presente en los misterios de la vida de su Hijo. «No hay nada entre los cristianos que pertenezca de manera más absoluta a Jesucristo y a su Santa Madre que la esclavitud de la voluntad, según el ejemplo del mismo Jesucristo, que tomó la condición de esclavo por amor a nosotros —*formam servi* accipiens—, y de la Santa Virgen, que se dijo sierva y esclava del Señor. El apóstol se honra con el título de *servus Christi*. Varias veces, en la Sagrada Escritura, los cristianos son llamados *siervos de Cristo*» (*Tratado de la verdadera devoción*, 72). De hecho, el Hijo de Dios, que vino al mundo en obediencia al Padre en la Encarnación (cf. *Hb* 10, 7) se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y hasta la muerte en la cruz (cf. *Flp* 2, 7-8). María correspondió a la voluntad de Dios con la entrega total de sí misma, en cuerpo y alma, para siempre, desde la Anunciación hasta la Cruz, y desde la Cruz hasta la Asunción. Ciertamente, entre la obediencia de Cristo y la obediencia de María hay una asimetría determinada por *la diferencia ontológica* entre la Persona divina del Hijo y la persona humana de María, de la que se deriva también la exclusividad de la eficacia salvífica fundamental de la obediencia de Cristo, de la cual su propia Madre recibió la gracia de poder obedecer totalmente a Dios y así colaborar con la misión de su Hijo.

La *esclavitud del amor* debe interpretarse, por tanto, a la luz del admirable intercambio entre Dios y la humanidad en el misterio del Verbo encarnado. Es un verdadero intercambio de amor entre Dios y su criatura en la reciprocidad del don total de sí mismo. «El espíritu de esta devoción... consiste en hacer que el

alma sea interiormente dependiente y esclava de la Santísima Virgen y de Jesús por medio de Ella» (*Secreto de María*, 44). Paradójicamente, este «vínculo de caridad», esta «esclavitud de amor», hace al hombre plenamente libre, con la verdadera libertad de los hijos de Dios (cf. *Tratado de la verdadera devoción*, 169). Se trata de entregarse totalmente a Jesús, respondiendo al Amor con el amor con que Él nos ha amado primero. Quien vive en ese amor puede decir, como san Pablo: «*Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí*» (Gál 2, 20).

La «peregrinación de la fe»

7. Escribí en *Novo millennio ineunte* que «solo por la fe se llega verdaderamente a Jesús» (n. 19). Este fue precisamente el camino que siguió María durante toda su vida terrenal, y es el camino de la Iglesia peregrina hasta el fin de los tiempos. El Concilio Vaticano II insistió mucho en la fe de María, misteriosamente compartida por la Iglesia, poniendo de relieve el itinerario de la Virgen desde el momento de la Anunciación hasta el momento de la Pasión redentora (cf. Const. *Lumen gentium*, 57 y 67; Lett. enc. *Redemptoris Mater*, 25-27).

En los escritos de San Luis María encontramos el mismo énfasis en la fe vivida por la Madre de Jesús en un camino que va desde la Encarnación hasta la Cruz, una fe en la que María es modelo y tipo de la Iglesia. San Luis María lo expresa con gran riqueza de matices cuando expone a su lector los «efectos maravillosos» de la perfecta devoción mariana: «Cuanto más te ganes la benevolencia de esta augusta Princesa y Virgen fiel, más tu conducta de vida estará inspirada por la fe pura. Una fe pura, por la que no te preocuparás en absoluto por lo que es sensible y extraordinario. Una fe viva y animada por la caridad, que te hará actuar solo por motivos de puro amor. Una fe firme e inquebrantable como una roca, que te mantendrá firme y constante en medio de huracanes y tormentas. Una fe activa y penetrante que, como una misteriosa llave polivalente, te hará entrar en todos los misterios de Jesucristo, en los fines últimos del hombre y en el corazón de Dios mismo. Una fe valiente, que te hará emprender y llevar a cabo sin vacilar grandes cosas por Dios y por la salvación de las almas. Una fe, finalmente, que será tu antorcha ardiente, tu vida divina, tu tesoro escondido de la Sabiduría divina y tu arma omnipotente, con la que iluminarás a los que están en las tinieblas y en la sombra de la muerte, inflamarás a los que son tibios y necesitan el oro ardiente de la caridad, darás vida a los que han muerto por el pecado, conmoverás y trastornarás con tus dulces y fuertes palabras los corazones de piedra y los cedros del Líbano y, finalmente, resistirás al demonio y a todos los enemigos de la salvación» (*Tratado de la verdadera devoción*, 214).

Al igual que san Juan de la Cruz, san Luis María insiste sobre todo en la pureza de la fe y en su oscuridad esencial y a menudo dolorosa (cf. *El secreto de María*, 51-52). Es la fe contemplativa la que, renunciando a las cosas sensibles o extraordinarias, penetra en las misteriosas profundidades de Cristo. Así, en su oración, san Luis María se dirige a la Madre del Señor diciendo: «No te pido visiones ni revelaciones, ni gustos ni delicias, ni siquiera espirituales... Aquí abajo no quiero para mí más que lo que tú has tenido, es decir: creer con fe pura sin gustar ni ver nada» (*ibíd.*, 69). La Cruz es el momento culminante de la fe de María, como escribí en la encíclica *Redemptoris Mater*: «Por medio de esta fe, María está perfectamente unida a Cristo en su despojamiento... Esta es quizás la *kenosis* más profunda de la fe en la historia de la humanidad» (n. 18).

Signo de esperanza segura

8. El Espíritu Santo invita a María a «reproducirse» en sus elegidos, extendiendo en ellos las raíces de su «fe invencible», pero también de su «firme esperanza» (cf. *Tratado de la verdadera devoción*, 34). Así lo recordó el Concilio Vaticano II: «La Madre de Jesús, ya glorificada en el cielo en cuerpo y alma, es la imagen y primicia de la Iglesia que tendrá su plenitud en la era futura, y así brilla en la tierra como signo de esperanza segura y consuelo para el Pueblo de Dios en su camino, hasta que llegue el día del Señor» (Const. *Lumen gentium*, 68). San Luis María contempla especialmente esta dimensión escatológica cuando habla de los «santos de los últimos tiempos», formados por la Santísima Virgen para llevar a la Iglesia la victoria de Cristo sobre las fuerzas del mal (cf. *Tratado de la verdadera devoción*, 49-59). No se trata en modo alguno de una forma de «milenarismo», sino del sentido profundo del carácter escatológico de la Iglesia, vinculado a la singularidad y universalidad salvífica de Jesucristo. La Iglesia espera la venida gloriosa de Jesús al final de los tiempos. Como María y con María, los santos están en la Iglesia y para la Iglesia, para hacer resplandecer

su santidad, para extender hasta los confines del mundo y hasta el fin de los tiempos la obra de Cristo, único Salvador.

En la antífona *Salve Regina*, la Iglesia llama a la Madre de Dios «nuestra esperanza». La misma expresión es utilizada por san Luis María a partir de un texto de san Juan Damasceno, que aplica a María el símbolo bíblico del ancla (cf. *Hom. Iª in Dorm. B. V. M.*, 14: PG 96, 719): «Atamos nuestras almas a ti, nuestra esperanza, como a un ancla firme. A ella se han aferrado más los santos que se han salvado y han arrastrado a otros, para que perseveraran en la virtud. Bienaventurados, pues, y mil veces bienaventurados los cristianos que hoy se aferran a ella fiel y totalmente como a un ancla firme» (*Tratado de la verdadera devoción*, 175). A través de la devoción a María, Jesús mismo «abre el corazón con una santa confianza en Dios, haciéndole mirar como a un Padre e inspirándole un amor tierno y filial» (*ibíd.*, 169).

Junto con la Santa Virgen, con el mismo corazón de madre, la Iglesia reza, espera e intercede por la salvación de todos los hombres. Son las últimas palabras de la Constitución *Lumen gentium*: «Todos los fieles dirijan insistentes plegarias a la Madre de Dios y Madre de los hombres, para que Ella, que con sus oraciones ayudó a los primeros miembros de la Iglesia, ahora exaltada en el cielo por encima de todos los bienaventurados y ángeles, en la comunión de todos los santos, interceda ante su Hijo, hasta que todas las familias de los pueblos, tanto las que llevan el nombre cristiano como las que aún ignoran a su Salvador, se reúnan felizmente en paz y concordia en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e indivisible Trinidad» (n. 69).

Haciendo mío de nuevo este deseo, que junto con los demás Padres Conciliares expresaron hace casi cuarenta años, envío a toda la Familia Montfortiana una especial Bendición Apostólica.

BENEDICTO XVI: Homilía para la beatificación de Juan Pablo II (1 de mayo de 2011)

(...) Queridos hermanos y hermanas, hoy resplandece ante nuestros ojos, en la plena luz espiritual de Cristo resucitado, la figura amada y venerada de Juan Pablo II. Hoy su nombre se suma a la lista de santos y beatos que él mismo proclamó durante los casi 27 años de su pontificado, recordando con fuerza la vocación universal a la alta medida de la vida cristiana, a la santidad, como afirma la Constitución conciliar *Lumen gentium* sobre la Iglesia [cap. V]. Todos los miembros del Pueblo de Dios —obispos, sacerdotes, diáconos, fieles laicos, religiosos y religiosas— estamos en camino hacia la patria celestial, donde nos ha precedido la Virgen María, asociada de manera singular y perfecta al misterio de Cristo y de la Iglesia. Karol Wojtyła, primero como obispo auxiliar y luego como arzobispo de Cracovia, participó en el Concilio Vaticano II y sabía bien que dedicar a María el último capítulo del Documento sobre la Iglesia [cap. VIII] significaba poner a la Madre del Redentor como imagen y modelo de santidad para cada cristiano y para toda la Iglesia. Esta visión teológica es la que el beato Juan Pablo II descubrió de joven y luego conservó y profundizó a lo largo de toda su vida. Una visión que se resume en la imagen bíblica de Cristo en la cruz con María, su madre, a su lado. Una imagen que se encuentra en el Evangelio de Juan (19,25-27) y que se resume en el escudo episcopal y luego papal de Karol Wojtyła: una cruz de oro, una «eme» en la parte inferior derecha y el lema «*Totus tuus*», que corresponde a la famosa expresión de San Luis María Grignion de Montfort, en la que Karol Wojtyła encontró un principio fundamental para su vida: «*Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor tuum, Maria* — Soy todo tuyo y todo lo mío es tuyo. Te tomo por mi bien. Dame tu corazón, oh María» (*Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n. 266) (...).

SAN ANSELMO DE AOSTA

ORATIO AD SANCTAM MARIAM
PRO IMPETRANDO EIUS ET CHRISTI AMORE
Oración a Santa María para obtener su amor y el de Cristo
(Oratio VII, escrita en 1074)

[Introducción: La grandeza de María, en el Misterio de Jesús, su Hijo. Contemplar para amar más a Jesús y a María]

MARIA, tu illa magna MARIA, tu illa maior beatarum MARIARUM, tu illa maxima feminarum: te, domina magna et valde magna, te vult cor meum amare, te cupit os meum laudare, te desiderat venerari mens mea, te affectat exorare anima mea, quia tuitioni tuae se commendat tota substantia mea.

Enitimini, viscera animae meae, enitimini quantum potestis-si quid potestis- omnia interiora mea, ut eius merita laudetis, ut eius beatitudinem ametis, ut eius celsitudinem admiremini, ut eius benignitatem deprecemini, cuius patrocinio cotidie indigetis, indigendo desideratis, desiderando imploratis, implorando impetratis, et si non secundum desiderium vestrum, tamen supra vel certe contra meritum vestrum.

Regina angelorum, domina mundi, mater eius qui mundat mundum, confiteor quia cor meum nimis est immundum, ut merito erubescat in tam mundam intendere nec digne possit tam mundam intendendo contingere. Te igitur, mater illuminationis cordis mei, te nutrix salutis mentis meae, te obsecrant quantum possunt cuncta praecordia mea. Exaudi, domina, adesto propitia, adiuva potentissima, ut mudentur sordes mentis meae, ut illuminentur tenebrae meae, ut accendatur tepor meus, ut expurgiscatur torpor meus, quatenus sicut tua beata sanctitas super omnia post summum omnium, filium tuum, per omnipotentem filium tuum, ob gloriosum filium tuum, a benedicto filio tuo est exaltata: sic super omnia post dominum et deum meum et omnium, filium tuum, te cor meum intelligat et veneretur, amet et deprecetur eo affectu, non quo desidero imperfectus, sed quo debet a filio tuo factus et salvatus, redemptus et resuscitatus.

MARÍA, tú eres aquella gran MARÍA, tú eres aquella más grande de las bienaventuradas MARÍAS, tú eres aquella más grande de las mujeres: tú, grande y muy grande Señora, mi corazón quiere amarte, mi boca desea alabarte, mi mente desea venerarte, mi alma desea implorarte, porque todo mi ser se encomienda a tu protección.

Esforzaos, íntimos recursos del alma, esforzaos todo lo que podáis, si podéis algo, profundidad de mi ser, y alabad sus virtudes, amad su santidad, admirad su sublime altura, rogad su bondad. Cada día necesitáis su protección: en la necesidad desead, en el deseo implorad, implorando obtendréis y, si no es según vuestro deseo, siempre será más allá y seguramente contra vuestro mérito.

Reina de los ángeles, soberana del mundo, madre de Aquel que purifica el mundo, confieso que mi corazón es demasiado impuro y solo puede sonrojarse al dirigirse a una criatura tan pura; y, aun dirigiéndose a ti, tan pura, no puede alcanzarte como es debido. Madre de Aquel que ilumina mi corazón, nutricia de Aquel que salva mi espíritu, no me queda más que rogarte como soy capaz, desde lo más profundo de mi ser. Escucha, oh Señora, asiste propicia, ven en ayuda con tu inmenso poder: haz que la suciedad de mi espíritu sea lavada, y mis tinieblas iluminadas, mi tibieza encendida de calor, mi torpeza sacudida y despertada. Y como tu santidad bienaventurada, por la gracia de tu hijo todopoderoso, en vista de tu hijo glorioso, por obra de tu hijo bendito, ha sido elevada por encima de todas las cosas después de Aquel que está en la cima de todo y es tu hijo, así, por encima de todas las cosas, después del Señor Dios mío y de todo y tu hijo, mi corazón te piensa y te venera, te ama y te suplica, no con el amor que yo quisiera, tan imperfecto, sino con el que le debe un hombre creado y salvado, redimido y resucitado por tu Hijo.

[PRIMERA PARTE: CONOCIMIENTO DE LA ENCARNACIÓN DEL HIJO Y DE LA MATERIDAD DIVINA DE MARÍA]

[A/ *en relación con el hombre salvado por Cristo*]

Genitrix vitae animae meae, alitrix reparatoris carnis meae, lactatrix salvatoris totius substantiae meae! Sed quid dicam? Lingua mihi deficit, quia mens non sufficit. Domina, domina, omnia intima mea sollicita sunt, ut tantorum beneficiorum tibi gratias exsolvant, sed nec cogitare possunt dignas, et pudet proferre non dignas. Quid enim digne dicam matri creatoris et salvatoris mei, per cuius sanctitatem peccata mea purgantur, per cuius integritatem mihi incorruptibilitas donatur, per cuius virginitatem anima mea adamatur a domino suo et desponsatur deo suo? Quid, inquam, digne referam genitrici dei et domini mei, per cuius foecunditatem captivus sum redemptus, per cuius partum de morte aeterna sum exemptus, per cuius prolem perditus sum restitutus et de exilio miseriae in patriam beatitudinis reductus?

»Benedicta« »in mulieribus«, haec omnia mihi dedit »benedictus fructus ventris tui« in regeneratione baptismatis sui, alia in spe, alia in re; quamquam haec omnia ego ipse mihi sic peccando abstulerim, ut nec rem habeam et spem vix teneam. Quid enim? Si mea culpa evanuerunt, numquid ingratus ero illi, per quam mihi tanta bona gratis evenerunt? Absit, ne addam hanc iniquitatem super iniquitatem. Immo gratias ago quia habui, doleo quia non habeo, oro ut habeam. Certus enim sum quia sicut per filii gratiam ea potui accipere: sic eadem per matris merita possum recipere. Ergo domina, porta vitae, ianua salutis, via reconciliationis, aditus recuperationis, obsecro te per salvatricem tuam foecunditatem, fac ut et peccatorum meorum mihi venia et bene vivendi gratia concedatur, et usque in finem hic servus tuus sub tua protectione custodiatur.

Tú has engendrado la vida de mi alma, has alimentado al Redentor de mi carne, has amamantado al Salvador de todo lo que soy. ¿Qué más puedo decir? Me faltan las palabras, porque la mente no basta para comprenderlo. Señora mía, todo lo que hay en mí vibra por el deseo de darte las gracias por tanta bondad. No sé pensar en un agradecimiento digno de ti, y me avergüenzo de uno indigno: ¿qué puedo decir yo que sea digno de la madre de mi Creador y Salvador, si por su santidad mis pecados son lavados, por su pureza me es dada la incorruptibilidad, por su virginidad mi alma es amada por su Señor, desposada con su Dios? ¿Qué puedo decir realmente que sea digno de aquella que ha engendrado a mi Dios y Señor? Gracias a su fecundidad, yo, prisionero, soy libre; gracias a su parto, he escapado de la muerte eterna; gracias a su hijo, yo, perdido, he sido encontrado y, de un miserable exilio, llevado de vuelta a la patria bienaventurada.

«Bendita entre las mujeres», todo esto me ha dado, en parte en la esperanza, en parte ya en la realidad, «el fruto bendito de tu seno», cuando me regeneró con su bautismo. Pero yo mismo, pecando, me he privado de todo esto, de modo que he perdido lo que poseía y apenas retengo lo que esperaba tener. Ahora bien, si por mi culpa lo he perdido, ¿debo mostrarme ingrato hacia aquella de quien me han venido tantas gracias? No, no se añada injusticia a la injusticia. Más bien, doy gracias por haberlas tenido, siento el dolor de no tenerlas más, rezo para volver a tenerlas. Porque de esto estoy seguro: así como las pude recibir por la gracia del hijo, así puedo recuperarlas por los méritos de la madre. Te suplico, pues, Señora, puerta de la vida, umbral de la salvación, camino de la paz, vía de la redención, te suplico por tu fecundidad salvadora: obtén para mí el perdón de los pecados y la gracia de vivir bien; y, hasta el final, que puedas custodiar a este tu siervo bajo tu protección.

[B/ *En relación con toda la creación renovada por Cristo*]

Aula universalis propitiationis, causa generalis reconciliationis, vas et templum vitae et salutis universorum, nimium contraho merita tua, cum in me homunculo vili singulariter recenseo beneficia tua, quae mundus amans gaudet, gaudens clamat esse sua. Tu namque, domina admirabilis singulari virginitate, amabilis salutari foecunditate, venerabilis inaestimabili sanctitate, tu ostendisti mundo dominum suum et deum suum quem nesciebat, tu visibilem exhibuisti mundo creatorem suum quem prius non videbat, tu genuisti mundo restauratorem quo perditus indigebat, tu peperisti

Sala universal de propiciación, causa general de reconciliación, vaso y templo de la vida y salvación de todos, recojo demasiado tus méritos, cuando en mí, un hombrecillo vil, relato de manera singular tus beneficios, que el mundo se regocija en el amor, proclama con gozo como propios. Porque tú, Señora, admirable en tu virginidad singular, amable en tu fecundidad saludable, venerable en tu inestimable santidad, mostraste al mundo su Señor y su Dios a quien no conocía, hiciste visible al mundo su Creador a quien no veía antes, diste a luz al mundo al restaurador que los perdidos necesitaban, diste a luz al mundo al reconciliador que los culpables no

mundo reconciliatorem quem reus non habebat. Per foecunditatem tuam, domina, mundus peccator est iustificatus, damnatus salvatus, exul reductus. Partus tuus, domina, mundum captivum redemit, aegrum sanavit, mortuum resuscitavit. Insidiis et oppressionibus daemonum tenebris obvolutus mundus subiacebat, sed sole de te orto illuminatus eorum et laqueos devitat et vires conculcat.

Caelum, sidera, terra, flumina, dies, nox et quaecumque humanae potestati vel utilitati sunt obnoxia: in amissum decus sese gratulantur, domina, per te quodam modo resuscitata, et nova quadam ineffabili gratia donata. Quasi enim omnia mortua erant: cum amissa congenita dignitate favendi dominatui vel usibus deum laudantium, ad quod facta erant, obruebantur oppressione et decolorabantur ab usu idolis servientium, propter quos facta non erant. cum amissa congenita dignitate favendi dominatui vel usibus deum laudantium, ad quod facta erant, obruebantur oppressione et decolorabantur ab usu idolis servientium, propter quos facta non erant. Quasi vero eadem resuscitata laetantur: cum iam deum confitentium et dominatu reguntur et usu decorantur. Nova autem et inestimabili gratia quasi exultaverunt: cum ipsum deum, ipsum creatorem suum non solum invisibiliter supra se illa regentem senserunt, sed etiam visibiliter intra se eisdem utendo sanctificantem viderunt. Haec tanta bona per benedictum fructum benedicti ventris benedictae MARIAE mundo provenerunt.

Sed cur solum loquor, domina, beneficiis tuis plenum esse mundum? Inferna penetrant, caelos superant. Per plenitudinem enim gratiae tuae et quae in inferno erant se laetantur liberata, et quae supra mundum sunt se gaudent restaurata. Per eundem quippe gloriosum filium gloriosae virginitatis tuae, omnes iusti qui obierunt ante vitalem eius mortem exultant diruptione captivitatis suae, et angeli gratulantur restitutione semirutae civitatis suae.

O femina mirabiliter singularis et singulariter mirabilis, per quam elementa renovantur, inferna remediuntur, daemones conculcantur, homines salvantur, angeli redintegrantur! O femina plena et superplena gratia, de cuius plenitudinis exundantia respersa sic revirescit omnis creatura! O virgo benedicta et superbenedicta, per cuius benedictionem benedicitur omnis natura, non solum creata a creatore, sed et creator a creatura! O nimis exaltata, quam sequi conatur affectus animae meae, quo aufugis aciem mentis meae? O pulchra ad intuendum, amabilis ad contemplandum, delectabilis ad amandum, quo evadis capacitatem cordis mei? Praestolare, domina, infirmam animam te sequentem. Ne abscondas te, domina, parum videnti animae te quaerenti. Miserare, domina, animam post te anhelando languentem.

tenían. Por tu fecundidad, Señora, el mundo pecador es justificado, los condenados salvados, los exiliados restaurados. Tu nacimiento, Señora, redimió al mundo cautivo, sanó a los enfermos, resucitó a los muertos. El mundo, envuelto en la oscuridad de las trampas y opresiones de los demonios, estaba sujeto a ellos, pero iluminado por el sol que salió de ti, evita sus trampas y pisotea su poder.

El cielo, las estrellas, la tierra y los ríos, el día y la noche, todas las cosas que están sometidas al poder y al servicio del hombre, se regocijan juntas en la belleza perdida, Señora: gracias a ti han resucitado, en cierto modo, y se les ha concedido una especie de nueva gracia. De hecho, estaban, por así decirlo, todas muertas. Habían perdido la dignidad natural que consiste en prestarse al dominio y al uso de quienes alaban a Dios: para eso habían sido creadas. Caídas en la esclavitud, perdían su color utilizadas por quienes servían a los ídolos para los que no habían sido creadas. Y ahora, por así decirlo, resucitan y se regocijan: ahora obedecen a los hijos de Dios y resplandecen a su servicio. Una nueva y estimable gracia las hace casi exultar: no solo sienten sobre sí la presencia de su Dios y Creador, que las gobierna invisiblemente, sino que también lo ven en medio de ellas, que se sirve visiblemente de ellas y las santifica. Bienes tan grandes han venido al mundo gracias al fruto bendito del seno bendito de María bendita.

Pero ¿por qué digo solo, oh Señora, que el mundo está lleno de tus beneficios? Estos penetran en los infiernos y superan los cielos. Por la plenitud de tu gracia, las criaturas que estaban en los infiernos se alegran de ser liberadas y las que están por encima del mundo se regocijan de ser renovadas. Por ese hijo glorioso de tu gloriosa virginidad, todos los justos que vivieron antes de su muerte vivificante exultan, porque ven rota su esclavitud; y los ángeles están de fiesta, porque ven restaurada su ciudad semidestruida.

Mujer admirablemente única y únicamente admirable, por ti se renueva el mundo, se vencen los infiernos, se pisotean los demonios, se salvan los hombres, los ángeles vuelven a la integridad. Mujer llena y sobreabundante de gracia, he aquí que toda criatura reverdece inundada y sumergida por tu plenitud. Virgen bendita y más que bendita, todo es bendecido por tu bendición: no solo la criatura por el Creador, sino también el Creador por la criatura. Mujer gloriosísima, a la que mi afecto se esfuerza por seguir, ¿dónde escapas a la penetración de mi mente? Bella a la vista, amable de contemplar, agradable de amar, ¿por qué lado evades la capacidad de mi corazón? Detente y espera, Señora, a esta débil alma que te persigue. No te escondas, Señora, a esta pobre vista que te busca. Ten piedad, señora, del alma que languidece anhelándote.

[C/ En relación con Dios mismo]

¡Mira res, in quam sublimi contemplor MARIAM locatam! Nihil aequale MARIAE, nihil nisi deus maius MARIA. Deus filium suum, quem solum de corde suo aequalem sibi genitum tamquam se ipsum diligebat, ipsum dedit MARIAE, et ex MARIA fecit sibi filium, non alium, sed eundem ipsum, ut naturaliter esset unus idemque communis filius dei et MARIAE.

Omnis natura a deo est creata, et deus ex MARIA est natus. Deus omnia creavit, et MARIA deum generavit. Deus qui omnia fecit: ipse se ex MARIA fecit, et sic omnia quae fecerat refecit. Qui potuit omnia de nihilo facere: noluit ea violata, nisi prius fieret MARIAE filius, reficere. Deus igitur est pater rerum creatarum, et MARIA mater rerum recreatarum. Deus est pater constitutionis omnium, et MARIA est mater restitutionis omnium. Deus enim genuit illum per quem omnia sunt facta, et MARIA peperit illum per quem cuncta sunt salvata. Deus genuit illum sine quo penitus nihil est, et MARIA peperit illum sine quo nihil omnino bene est. O vere «dominus tecum», cui dedit dominus, ut omnis natura tantum tibi deberet secum.

¡Qué maravilla, a qué altura contemplo elevada a María! Nada es como María, nada excepto Dios es más grande que ella. A María, Dios le dio a su Hijo, el único engendrado por su corazón, igual a Él, al que amaba como a sí mismo. Y de María se formó un Hijo, no otro, sino el mismo que por naturaleza era un solo y mismo hijo de Dios y al mismo tiempo de María. Toda la naturaleza fue creada por Dios y Dios nació de María.

Dios creó todas las cosas y María engendró a Dios. El Dios que lo creó todo se creó a sí mismo a partir de María, y todas sus criaturas la recrearon así. Aquel que pudo hacer todas las cosas de la nada no quiso rehacerlas, después de su ruina, sin convertirse primero en hijo de María. Dios, pues, es padre de las cosas creadas y María es madre de las cosas recreadas. Dios es el padre de la constitución de todas las cosas y María la madre de la restitución de todas las cosas: porque Dios engendró a , por medio del cual todo fue hecho, y María dio a luz a Aquel por medio del cual todo fue salvado. Dios engendró a Aquel sin el cual nada puede ser, y María dio a luz a Aquel sin el cual nada puede ser bueno. Sí, verdaderamente «el Señor está contigo»: contigo, que has obtenido del Señor que todas las criaturas te sean tan deudoras junto con Él.

[SEGUNDA PARTE: EL AMOR DE JESÚS Y DE MARÍA]

MARIA, obsecro te per gratiam qua sic dominus esse tecum et te voluit esse tecum: fac propter ipsam, secundum eandem ipsam gratiam, misericordiam tuam tecum. Fac ut amor tui semper sit tecum, et cura mei semper sit tecum. Fac ut clamor necessitatis meae - quamdiu ipsa persistit - sit tecum, et respectus pietatis tuae - quamdiu ego subsisto - sit tecum. Fac ut congratulatio beatitudinis tuae semper sit tecum, et compassio miseriae meae - quantum mihi expedit - sit tecum.

María, te ruego por la gracia con la que el Señor estuvo tan contigo y tú dispusiste que estuvieras con él: por ello, según la misma gracia, ten misericordia de mí. Que tu amor me acompañe siempre, y mi cuidado siempre te acompañe. Que el clamor de mi necesidad, mientras persista, te acompañe, y el respeto de tu piedad, mientras yo permanezca, me acompañe. Que la alegría por tu felicidad me acompañe siempre, y la compasión por mi miseria, en la medida en que me sea conveniente, te acompañe.

Sicut enim, o beatissima, omnis a te aversus et a te despectus necesse est ut intereat: ita omnis ad te conversus et a te respectus impossibile est ut pereat. Sicut enim, domina, deus genuit illum in quo omnia vivunt: sic o tu flos virginitatis, genuisti eum per quem mortua revivunt. Et sicut deus per filium suum beatos angelos a peccato servavit: ita, o tu decus puritatis, per filium tuum miseros homines ex peccato salvavit. Quemadmodum enim dei filius est beatitudo iustorum: sic, o tu salus foecunditatis, filius tuus est reconciliatio peccatorum. Non est enim reconciliatio nisi quam tu casta concepisti, non est iustificatio nisi quam tu integra in utero fovisti, non est salus nisi quam tu virgo peperisti. Ergo o domina, mater es

Porque así como, oh bendita, todo aquel que se aparta de ti y es despreciado por ti debe perecer: así es imposible que perezca todo aquel que se vuelve hacia ti y es mirado por ti. Porque así como, oh Señora, Dios dio a luz a Aquel en quien todas las cosas viven: así, oh flor de virginidad, diste a luz a Aquel por quien los muertos reviven. Y así como Dios salvó a los ángeles bienaventurados del pecado por medio de su Hijo: así, oh hermosura de pureza, por medio de tu Hijo salvó a los hombres miserables del pecado. Porque así como el Hijo de Dios es la bienaventuranza de los justos: así, oh salud de fecundidad, tu Hijo es la reconciliación de los pecadores. Porque no hay reconciliación excepto lo que concebiste castamente, no hay justificación excepto lo

iustificationis et iustificatorum, genitrix es reconciliationis et reconciliatorum, parens es salutis et salvatorum.

O beata fiducia, o tutum refugium! Mater dei est mater nostra. Mater eius, in quo solo speramus et quem solum timemus, est mater nostra. Mater, inquam, eius qui solus salvat, solus damnat, est mater nostra.

Sed o benedicta et exaltata non tibi soli sed et nobis, quid est, quam magnum, quam amabile est quod video per te evenire nobis, quod videns gaudeo, quod gaudens dicere non audeo? Si enim tu, domina, es mater eius, nonne et alii filii tui sunt fratres eius? Sed qui fratres, et cuius eius? Loquar unde iucundatur cor meum, an silebo ne elatione arguatur os meum? Sed quod credo amando, cur non confiteor laudando? Dicam igitur, non superbiendo sed gratias agendo.

Qui enim fecit ut ipse per maternam generationem esset naturae nostrae, et nos per vitae restitutionem essemus filii matris eius: ipse nos invitat ut confiteamur nos fratres eius. Ergo iudex noster est frater noster. Salvator mundi est frater noster.

Denique deus noster est factus per MARIAM frater noster. Qua igitur certitudine debemus sperare, qua consolatione possumus timere, quorum sive salus sive damnatio de boni fratris et de pia matris pendet arbitrio? Quo etiam affectu hunc fratrem et hanc matrem amare debemus? Qua familiaritate nos illis commitemus? Qua securitate ad illos confugiemus? Qua dulcedine fugientes suscipiemur? Bonus igitur frater nobis dimittat quod deliquimus, ipse avertat quod delinquentes meruimus, ipse donet quod paenitentes petimus. Bona mater oret et exoret pro nobis, ipsa postulet et impetret quod expedit nobis. Ipsa roget filium pro filiis, unigenitum pro adoptatis, dominum pro servis. Bonus filius audiat matrem pro fratribus, unigenitus pro iis quos adoptavit, dominus pro iis quos liberavit.

MARIA, quantum tibi debemus! Domina mater, per quam talem fratrem habemus, quid gratiarum, quid laudis tibi retribuimus?

Magne domine, tu noster maior frater, magna domina, tu nostra melior mater, docete cor meum qua

que nutriste intacto en tu vientre, no hay salvación excepto lo que tú, virgen, diste a luz. Por lo tanto, oh Señora, eres la madre de la justificación y de los justificados, eres la madre de la reconciliación y de los reconciliados, eres la madre de la salvación y de los salvados.

¡Oh bendita confianza, oh refugio seguro! La Madre de Dios es nuestra madre. La madre de Aquel en quien solo esperamos y a quien solo tememos es nuestra madre. La madre, digo, de Aquel que solo salva, solo condena, es nuestra madre.

Pero, oh bendita y exaltada, no solo por ti, sino también por nosotros, ¿qué es, cuán grande, cuán hermoso es lo que veo que nos sucede a través de ti, lo cual me regocijo al verlo, lo cual no me atrevo a decir regocijo? Porque si tú, Señora, eres su madre, ¿no son también tus otros hijos sus hermanos? Pero ¿quiénes son sus hermanos, y de quiénes son los suyos? ¿Hablaré desde donde mi corazón se regocija, o callaré para que mi boca no sea reprendida por el orgullo? Pero lo que creo amando, ¿por qué no lo confieso alabando? Hablaré, pues, no con orgullo, sino con agradecimiento.

Porque Aquel que dispuso que Él mismo, por generación materna, fuera de nuestra naturaleza, y nosotros, por la restauración de la vida, fuéramos hijos de su madre, Él mismo nos invita a confesar que somos sus hermanos. Por lo tanto, nuestro juez es nuestro hermano. El Salvador del mundo es nuestro hermano.

Finalmente, nuestro Dios se ha hecho hermano nuestro por medio de María. ¿Con qué certeza, pues, debemos esperar, con qué consuelo podemos temer, cuya salvación o condenación depende de la voluntad de un buen hermano y de una madre piadosa? ¿Con qué afecto debemos amar a este hermano y a esta madre? ¿Con qué familiaridad debemos comprometernos con ellos? ¿Con qué seguridad debemos refugiarnos en ellos? ¿Con qué dulzura debemos recibir a los que huyen? Por tanto, que un buen hermano nos perdone lo que hemos pecado, que nos desvíe de lo que hemos merecido como pecadores, que nos conceda lo que pedimos como penitentes. Que una buena madre ore e interceda por nosotros, que pida y obtenga lo que nos conviene. Que pida un hijo para sus hijos, un hijo unigénito para sus hijos adoptivos, un amo para sus esclavos. Que un buen hijo escuche a su madre para sus hermanos, un hijo unigénito para los que ha adoptado, un amo para los que ha liberado.

María, ¡cuánto te debemos! Señora Madre, por quien tenemos un hermano tan grande, ¿qué gracias, qué alabanza te rendiremos?

Gran Señor, tú eres nuestro hermano mayor, gran Señora, tú eres nuestra mejor madre, enseña a mi

reverentia vos debeat cogitare. Bone tu et bona tu, dulcis tu et dulcis tu, dicite et date animae meae, quo affectu vos memorando de vobis delectetur, delectando iucundetur, iucundando impinguetur. Impinguate et succendite eam vestra dilectione. Vestro continuo amore langueat cor meum, liquefiat anima mea, deficiat caro mea. Utinam sic viscera animae meae dulci fervore vestrae dilectionis exardescant, ut viscera carnis meae exarescant! Utinam sic intima spiritus mei dulcedine vestri affectus impinguentur, ut medullae corporis mei exsiccentur!

Domine, fili dominae meae, domina, mater domini mei, si ego non sum dignus qui sic debeam vestro amore beatificari, certe vos non estis indigni qui sic, immo plus debeatis amari. Ergo benignissimi, ne sic denegetis mihi petenti id quo me confiteor indignum, ut auferatur vobis id quo certe vos negare non potestis dignos. Date itaque, piissimi, date obsecro supplicanti animae meae, non propter meritum meum sed propter meritum vestrum, date illi quanto digni estis amorem vestrum. Date, inquam, mihi quo sum indignus, ut reddatur vobis quo estis digni. Si enim non vultis dare ut habeam quod desidero: saltem nolite negare ut reddam vobis quod debeo.

Forsan praesumendo loquar, sed utique bonitas vestra facit me audacem. Loquar ergo adhuc ad dominum meum et dominam meam, »cum sim pulvis et cinis«. Domine et domina, nonne multo melius est, cum vos gratis donatis petenti quod ipse non meretur, quam cum vobis subtrahitur quod vobis iuste debetur? Illud quippe est praedicandae misericordiae, istud est nefandae iniustitiae. Impendite igitur, piissimi, gratiam, ut recipiatis debitum. Facite vos mihi misericordiam vestram quae mihi expedit et vos decet: ne faciam ego vobis iniustitiam meam quae nulli expedit et nullum decet. Estote vos mihi misericordes, quod obsecro: ne sim ego vobis iniustus, quod execror. Date, benigne et benigna, nec sitis exoratu difficiles; date animae meae amorem vestri, quem ipsa non iniuste petit et vos iuste exigitis: ne ipsa bonis vestris sit ingrata, quod ipsa iuste horret et vos non iniuste punitis.

Certe, IESU fili dei et tu MARIA mater eius, et vos vultis et aequum est, ut quidquid vos diligitis diligatur a nobis. Ergo bone fili, rogo te per dilectionem qua diligis matrem tuam, ut sicut tu vere diligis et diligi vis eam: ita mihi des ut vere diligam eum. Bona mater, rogo te per dilectionem qua diligis filium tuum, ut sicut tu vere diligis et diligi vis eum: ita mihi impetres ut vere diligam eum. Ecce enim peto, quod ut fiat vere est in vestra voluntate; cur ergo propter peccata mea non fiet, cum sit et in vestra potestate? Amator et miserator hominum, tu potuisti

corazón con qué reverencia debe pensar en ti. Tú, bueno y bueno, tú, dulce y dulce, di y da a mi alma con qué afecto puede deleitarse en recordarte, deleitarse en deleitarse, engordar en deleitarse. Engorda y enciende tu amor. Que mi corazón languidezca con tu amor constante, que mi alma se derrita, que mi carne desfallezca. ¡Ojalá las entrañas de mi alma ardieran con el dulce fervor de tu amor, que las entrañas de mi carne se marchitaran! ¡Ojalá las partes más íntimas de mi espíritu se engordaran con la dulzura de tus afectos, que la médula de mi cuerpo se secara!

Señor, hijo de mi señora, señora, madre de mi señor, si no soy digno de ser bendecido así por tu amor, ciertamente no eres indigno, quien así, es más, debe ser amado. Por lo tanto, piadosísimo, no me niegues, cuando te pido, aquello de lo que me confieso indigno, de modo que te sea arrebatado aquello de lo que ciertamente no puedes negarte digno. Da, pues, piadosísimo, da, te lo ruego, a mi alma suplicante, no por mis méritos, sino por los tuyos; dame tanto como seas digno de tu amor. Dame, te digo, de lo que soy indigno, para que te sea devuelto de lo que eres digno. Porque si no me das para que tenga lo que deseo, al menos no me niegues a que te pague lo que te debo.

Quizás hablo con presunción, pero tu bondad me infunde valor. Por lo tanto, les diré algo más a mis señores: «Puesto que soy polvo y ceniza». Señores, ¿no es mucho mejor dar generosamente a quien pide lo que no merece, que cuando se les quita lo que se les debe? Pues lo primero es predicar la misericordia, lo segundo, una injusticia atroz. Por tanto, piadosísimo, hazme el favor de recibir lo que te corresponde. Muéstrame tu misericordia, que me conviene y te conviene; no sea que yo te haga una injusticia, que a nadie conviene ni le conviene. Ten misericordia de mí, como te pido; no sea que yo sea injusto contigo, lo cual aborrezco. Dame con bondad y amabilidad, y no seas duro en tus súplicas; Dad a mi alma vuestro amor, que no os pide injustamente, y con justicia exigís; para que no sea ingrata a vuestras buenas obras, que con justicia aborrece, y con justicia castigáis.

Ciertamente, Jesús, Hijo de Dios, y tú, María, su madre, ambos desean, y es justo, que amemos lo que aman. Por lo tanto, buen hijo, te ruego por el amor con el que amas a tu madre, que como de verdad amas y deseas ser amado, me concedas amarlo de verdad. Buena madre, te ruego por el amor con el que amas a tu hijo, que como de verdad amas y deseas ser amada, me concedas amarlo de verdad. Pues he aquí, pido que se haga lo que verdaderamente está en tu voluntad; ¿por qué, entonces, no se hará por mis pecados, si también está en tu poder? Amante y misericordioso de los hombres, pudiste amar

reos tuos et usque ad mortem amare, et poteris te roganti amorem tui et matris tuae negare? Mater huius amatoris nostri, quae illum in ventre portare et in sinu meruisti lactare, an tu non poteris aut non voles poscenti amorem eius et tuum impetrare?

Veneretur igitur vos sicut digni estis mens mea, amet vos sicut aequum est cor meum, diligat vos sicut sibi expedit anima mea, serviat vobis sicut debet caro mea, et in hoc consummetur vita mea, ut in aeternum psallat tota substantia mea: »Benedictus dominus in aeternum, fiat, fiat«.

a tus ofensores hasta la muerte, ¿y podrás negarte a ti mismo a quien pide tu amor y el de tu madre? Madre de este nuestro Amante, que lo llevó en su seno y mereció amamantarlo en su seno, ¿no puedes o no quieres obtener su amor y el tuyo cuando él lo pide?

Que mi mente, pues, te venere como mereces, que mi corazón te ame como es debido, que mi alma te ame como le conviene, que mi carne te sirva como debe, y que en esto se consuma mi vida, para que todo mi ser cante por siempre: «Bendito sea el Señor por siempre, sea, sea».

(Texto latino de la edición crítica de F. S. Schmitt)

Anexo 3

**Súplica al Santo Padre León XIV
para que declare santos a Juan Eudes y Luis María de Montfort
Doctores de la Iglesia**

Beatísimo Padre,

Hace dos días, el 31 de julio, en la gracia del Jubileo, usted expresó su intención de otorgar a san John Henry Newman el título de Doctor de la Iglesia. Ha sido una gran alegría para todos nosotros y se lo agradecemos de todo corazón.

Sin esperar, le escribo este sábado 2 de agosto, primer sábado del mes, día dedicado al Inmaculado Corazón de María, del que san Juan Eudes fue gran apóstol y teólogo, para expresarle mi más profundo deseo de que otorgue el mismo título a Juan Eudes (1601-1680) y a san Luis María Grignon de Montfort (1673-1716). Son los dos principales exponentes de la gran espiritualidad cristocéntrica y mariana de la «Escuela Francesa», fundada por el cardenal Pietro de Bérulle a principios del siglo XVII.

Personalmente, durante muchos años he trabajado en favor de estos dos doctorados, a petición de los Dicasterios para las Causas de los Santos y de la Doctrina de la Fe, junto con los Padres Monfortianos y Eudistas. Soy carmelita descalzo, profesor emérito de teología dogmática y espiritual en la Pontificia Facultad Teresianum. Miembro de la Pontificia Academia de Teología, soy también consultor teólogo del Dicasterio para las Causas de los Santos, nombrado por San Juan Pablo II en 2004 y luego renovado en esta misión por Benedicto XVI y últimamente por el Papa Francisco hasta 2030.

He vivido 41 años en Roma y ahora soy miembro de la comunidad de carmelitas de Lisieux, trabajando por la difusión de la doctrina de la pequeña Teresa, tan querida por el papa Francisco, como se ve en su Exhortación Apostólica *C'est la confiance* y en su última Encíclica *Dilexit nos*.

En 1997, colaboré en *la Positio* del Doctorado de Teresa, posteriormente proclamado por San Juan Pablo II. El camino hacia el Doctorado de Montfort se ralentizó en 2001 (por razones metodológicas), pero la vía quedó abierta, como lo demuestra la importante Carta de Juan Pablo II a los Religiosos y Religiosas de las Familias Monfortianas del 8 de diciembre de 2003, que pone de relieve la perfecta sintonía entre la enseñanza del Concilio Vaticano II y la doctrina de Montfort. Más tarde, Benedicto XVI recordó sintéticamente la influencia esencial de Montfort en Juan Pablo II en la homilía de su beatificación (1 de mayo de 2011).

También colaboré en la doctrina de San Gregorio de Narek, proclamada por el Papa Francisco en 2015. Mi presente petición se basa, por tanto, en una larga experiencia en doctrinas recientes.

Existe una profunda similitud y convergencia doctrinal entre Juan Eudes y Luis María de Montfort en el mismo contexto histórico de la Francia del siglo XVII y principios del XVIII. Son dos sacerdotes misioneros y fundadores, que recibieron una excelente formación teológica en París, Eudes en el Oratorio bajo la guía de Bérulle, y Montfort más tarde en la Sorbona y en el Seminario de Saint Sulpice. En continua referencia a la Sagrada Escritura y a la gran tradición de la Iglesia, representada por el Magisterio y los Santos, enseñan a todo el Pueblo de Dios, y especialmente a los pequeños y pobres, un camino de santidad basado en los Sacramentos (especialmente el Bautismo y la Eucaristía), en una perspectiva radicalmente cristocéntrica, con la presencia continua de María.

Santísimo Padre, usted recordó en su primer mensaje a los obispos franceses el pasado 28 de mayo cómo Juan Eudes «fue el primero en celebrar el culto litúrgico de los Corazones de Jesús y María». Por esta razón, el Papa Francisco lo mencionó en su encíclica *Dilexit nos* (n. 113). Su teología simbólica del corazón es muy rica, ya que incluye todas las dimensiones de la Divinidad y de la Humanidad: «Corazón corporal, corazón espiritual y corazón divino» expresan un «triple amor» (n. 64-69). Esta gran teología del Corazón se desarrolla ampliamente en la última obra de Eudes, su obra maestra titulada: *Le Coeur Admirable de la Sacrée Mère de Dieu*, terminada en los últimos días de su vida y publicada después de su muerte, en 1681. Es una obra muy extensa (casi 1500 páginas en *las Oeuvres Complètes*), ¡un poco como un inmenso y espléndido bosque!

En cambio, la obra maestra de Montfort, el *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, escrita también al final de su vida, es una obra breve (apenas 200 páginas), publicada inmediatamente y traducida a

muchos idiomas tras su descubrimiento en 1842. Es un texto muy claro, articulado de forma un tanto geométrica, como un «jardín e e francés» de la época. Este tratado fue resumido de forma aún más breve en el opúsculo titulado *Le Secret de Marie*. El tratado de Montfort se convirtió inmediatamente en un clásico de la vida espiritual, con una enorme influencia en la vida del Pueblo de Dios, y especialmente en los santos.

En estas dos obras de Montfort y Eudes encontramos la misma síntesis de todo el Misterio cristiano, contemplando *a Jesús en María* y *a María en Jesús*, es decir, *a María en el Misterio de Cristo y de la Iglesia* (cf. *Lumen Gentium*, cap. VIII). Jesús está siempre en el centro, como verdadero Dios y verdadero Hombre, junto con el Padre y el Espíritu Santo. Es el Absoluto al que María y la Iglesia están totalmente relacionadas.

Entre las otras obras de estos dos santos, hay que recordar especialmente las primeras, que son *La vie et le royaume de Jésus dans les âmes chrétiennes*, de Juan Eudes, y *L'Amour de la Sagesse Eternelle*, de Montfort, donde se contemplan sucesivamente *a Jesús* y *a María*, obras ricas en contenido espiritual, pero aún no plenamente sintetizadas. En cambio, en las últimas obras mencionadas, se contempla *a Jesús en María*.

Ciertamente, en su doctrina hay algunos límites o puntos que corregir, como en los más grandes doctores de la Iglesia. Pensemos, por ejemplo, en santo Tomás con respecto a la Inmaculada Concepción de María, que aún no había sido definida como dogma.

Viven en la época de la «Contrarreforma», con algunas expresiones polémicas hacia los protestantes. Esto debe superarse evidentemente en el nuevo clima ecuménico del Vaticano II.

Tienen un fuerte y justo sentido del pecado y de la indispensable obra de la Redención realizada por Cristo, único Salvador del hombre. Pero a veces se ven exageraciones cuando hablan de la «naturaleza corrupta», incluso con la distinción entre los «predestinados» (que irán seguramente al Cielo) y los «reprobados» (que irán seguramente al Infierno).

En estos puntos, nos ayuda santa Teresa de Lisieux, con su nuevo y aún más profundo conocimiento de la Misericordia Infinita de Jesús, fuente de una esperanza sin límites para la salvación de los mayores pecadores, como este criminal Pranzini al que ella llamaba «mi primer hijo», pero siempre con la conciencia del gran peligro del rechazo definitivo y de la muerte eterna. Pero todos estos santos tienen la misma pasión por la salvación de las almas.

Por último, Santísimo Padre, estoy convencido de que el título de Doctor de la Iglesia, conferido a estos dos santos, sería importante para todo el Pueblo de Dios y para la teología católica, para ayudar a todos a vivir y crecer en el Amor y en el conocimiento de Jesús y María.

Rezo por esta intención y rezo por su gran misión en toda la Iglesia y en el mundo de hoy.

Con todo mi amor filial y en profunda comunión con los Corazones de Jesús y María.

Lisieux, sábado 2 de agosto de 2025

Fr. François-Marie Léthel ocd

Anexo 4

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT (1673-1716)
EL AMOR DE JESÚS EN MARÍA
Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen (VD)
resumido en *El secreto de María (SM)*,
 (Construido como un «jardín francés» de la época)

En el manuscrito autógrafo faltan las primeras y últimas páginas.

Las principales articulaciones se indican en VD 60, 90-91, 118-119 y 134)

Falta la introducción (SM 1-6. cf. VD 256)

PRIMERA PARTE

MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA (1-89)

(LOS FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS DE LA VERDADERA DEVOCIÓN A MARÍA)

(El lugar de María en el cristocentrismo trinitario del Símbolo de Nicea-Constantinopla, en relación con todos los Misterios de la Creación y de la Historia de la Salvación, de la naturaleza y de la gracia, del hombre y de la mujer...)

I/ «LA NECESIDAD QUE TENEMOS DE LA VERDADERA DEVOCIÓN A MARÍA» (1-59)

«Si la Santísima Virgen es necesaria a Dios, de una necesidad llamada hipotética, es decir, consecuencia de su voluntad, ella es mucho más necesaria a los hombres para alcanzar su fin último» (39).

A/ María en la «sinfonía» cristocéntrica y trinitaria de la salvación: su *necesidad para Dios* (1-36)

B/ Consecuencia: *la necesidad de María para nosotros*, para ser salvados, para llegar a ser santos (37-59). En unión con Jesús, Nuevo Adán, Alfa y Omega, María, Nueva Eva, está vinculada a los Misterios del Origen (Gn 2 y 3) y del fin de los tiempos (Ap 12). Fuerte insistencia en el «carácter escatológico de la Iglesia peregrina» (cf. *Lumen Gentium*, VII) y en el papel esencial de los santos formados por María para luchar contra las potencias del mal.

II/ «VERDADES FUNDAMENTALES DE LA DEVOCIÓN A MARÍA» (60-89)

1/ Jesucristo es el fin último de la devoción a María (61-67).

2/ Pertenecemos a Jesús y a María como esclavos del Amor (68-77).

3/ Necesidad de nuestra purificación radical (78-82)

4/ María Mediadora junto a Jesús, único Mediador (83-86).

5/ Nuestra extrema dificultad para perseverar en la Gracia de Dios (87-89).

SEGUNDA PARTE

LA VERDADERA DEVOCIÓN A MARÍA EN SU FORMA MÁS PERFECTA (90-273)

(EL CAMINO ECLESIAL DE LA SANTIDAD)

I/ LAS FALSAS DEVOCIONES Y LA VERDADERA DEVOCIÓN A MARÍA (92-114)

A/ «Falsos devotos y falsas devociones a María» (92-104)

92 «Encuentro siete tipos de falsos devotos y falsas devociones a María:

- 1) los devotos críticos (93);
- 2) los devotos escrupulosos (94-95);
- 3) los devotos exteriores (96);
- 4) los devotos presuntuosos (97-100);
- 5) los devotos inconstantes (101);
- 6) los devotos hipócritas (102);
- 7) los devotos interesados (103-104).

B/ La verdadera devoción a María (105-114)

105 «Después de haber desenmascarado y condenado las falsas devociones a la Santísima Virgen, hay que establecer con pocas palabras la verdadera, que es:

- 1/ Interior (106),
- 2/ Tierna (107),
- 3/ Santa (108),
- 4/ Constante (109),
- 5/ Desinteresada (110-114). (Testimonio personal y profecía del autor)

II/ «ENTRE LAS MUCHAS PRÁCTICAS DE LA VERDADERA DEVOCIÓN A MARÍA, ¿CUÁL ES LA MÁS PERFECTA?» (115-133)

A/ Las diferentes prácticas interiores y exteriores de la verdadera devoción a María (115-117).

B/ La «práctica perfecta» de la devoción a María. Consiste en vivir plenamente la consagración del bautismo mediante la entrega total de sí mismo a Jesús por María como esclavo del Amor (118-133).

III/ «MOTIVOS, EFECTOS MARAVILLOSOS Y PRÁCTICAS DE ESTA DEVOCIÓN PERFECTA» (134-273)

A/ «Las razones por las que debemos recomendar esta devoción» (135-182)

- 1/ Pertenencia sin reservas a Jesús por María (135-138)
- 2/ Imitación perfecta de Jesús en su humillación y dependencia amorosa de María en la Encarnación (139-143).
- 3/ María se entrega por completo a su «esclavo de amor»: «Totus tuus/Tota mea» (144-150)
- 4/ «Ad maiorem Dei gloriam» (151)
- 5/ María es el mejor camino para llegar a la unión con Jesús, es decir, a la santidad (152-168).
 1. «Un camino fácil» (152-154). Símbolo del azúcar.
 2. «Un camino breve» (155-156).
 3. «Un camino perfecto» (157-158).
 4. «Un camino seguro» (159-167):
- 6/ «Una gran libertad interior» (169-170).
- 7/ El amor perfecto al prójimo (171-172)
- 8/ Un admirable medio de perseverancia (173-182)

B/ Figura bíblica de esta perfecta devoción: Rebeca y Jacob (183-212): Parábola narrativa (El texto original francés presenta a Jacob como «figura de los predestinados» y a Esaú como «figura de los réprobos», según la temática agustiniana de la predestinación, que puede superarse con Teresa de Lisieux, Doctora de la Iglesia)

C/ «Los efectos maravillosos de esta devoción en las almas fieles» (213-225)

- 1/ Participación en la humildad de María (213)
- 2/ Participación en su fe (214)
- 3/ Participación en su amor puro (215)
- 4/ Gran confianza en Dios y en María (216)
- 5/ Comunicación del alma y del espíritu de María (216-217)
- 6/ Transformación en María a imagen de Jesucristo (218-221). Símbolo del Sello.
- 7/ La mayor gloria de Jesucristo (222-225). «María totalmente relacionada con Dios... la relación de Dios» (225)

D/ «Las prácticas de esta devoción» (226-273)

- 1/ Prácticas exteriores (226-256)
 1. Consagración tras los ejercicios preparatorios (227-233)
 2. Rezar el rosario de la Santísima Virgen (234-235)
 3. Llevar una cadena, como símbolo de esta esclavitud de Amor (236-242)
 4. Devoción especial al Misterio de la Encarnación (243-248)
 5. Gran devoción al Ave María y al Rosario (249-251)
 6. Recitar el Magnificat (255)
 7. Desapego del mundo (256)
- 2/ «Prácticas interiores y muy santificantes para aquellos a quienes el Espíritu Santo llama a una alta perfección» (257-265).
 - 257 «Se trata, en pocas palabras, de hacer todas sus acciones:
 1. POR MEDIO DE MARÍA (258-259),
 2. CON MARÍA (260),
 3. EN MARÍA (261-264),
 - 4º POR MARÍA (265),
 con el fin de realizarlas más perfectamente por medio de Jesucristo, con Jesucristo, en Jesucristo y por Jesucristo».

«MODO DE PRACTICAR ESTA DEVOCIÓN EN LA SANTA COMUNIÓN» (266-273)

(Final eucarístico del *Tratado*, como en la *Suma Teológica* de santo Tomás)

[Falta la conclusión, con la oración de consagración (SM 66-69, AES 223-227. Cf. VD 231). San Juan Pablo II prefería la fórmula breve de la Consagración en VD 266, en el momento de la Comunión, que él copiaba continuamente: *Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt... Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor tuum, O Maria* – Soy todo tuyo y todo lo mío es tuyo. Te tomo por todo lo mío. Dame tu corazón, oh María». En la entrega total de sí mismo, es la acogida del don de María lo que Jesús hace a su discípulo amado: «*Accepit eam discipulus in sua*» («El discípulo la tomó consigo», Jn 19, 27)].

Anexo 5

SANTA TERESA DE LISIEUX

¡Porque te amo, oh María!

(P 54, mayo de 1897)

1 ¡Oh, cómo me gustaría cantar, *María, porque te amo*,
 porque tu nombre tan dulce hace estremecer mi corazón,
 y porque el pensamiento de tu suprema grandeza
 no puede inspirar ningún temor a mi alma.
 Si te contemplara en tu sublime gloria,
 en la que superas el esplendor de todos los bienaventurados,
 no podría creer que soy tu hija,
 y ante ti, oh María, mantendría los ojos bajos...

2 Para que un hijo pueda amar a su madre,
 que ella lllore con él, que comparta sus dolores.
 Oh, mi querida Madre, en la costa extranjera
 para atraerme hacia ti, has llorado tanto...
 Meditando *tu vida en el santo Evangelio*
 me atrevo a mirarte y acercarme a ti.
 No me cuesta creer que soy tu hija,
 pues te veo mortal y sufriente como yo...

3 Cuando un ángel del cielo te ofrece ser *la Madre*
 del Dios que debe reinar por toda la eternidad,
 te veo preferir, oh María, ¡qué misterio!
 el tesoro inefable *de la virginidad*.
 Entiendo que tu alma, oh Virgen Inmaculada,
 es más querida para el Señor que la divina morada.
 Entiendo que tu alma, *humilde y dulce Valle*,
 puede contener a Jesús, ¡el Océano del Amor!...

4 ¡Oh! Te amo, María, al decirte sierva
 del Dios que cautivas con tu humildad.
 Esta virtud oculta te hace omnipotente
 atrae a tu corazón *a la Santísima Trinidad*,
Entonces el Espíritu de Amor te cubre con su sombra,
el Hijo igual al Padre se encarnó en ti...
 Muy grande será el número de sus hermanos pecadores
 ya que hay que llamarlo: Jesús, tu primogénito!...

5 ¡Oh Madre muy amada! A pesar de mi pequeñez
 como tú, poseo en mí al Todopoderoso.
 Y no tiemblo al ver mi debilidad:
 el tesoro de la madre pertenece al hijo.
 y yo soy tu hija, oh mi amada Madre.
 ¿Acaso tus virtudes, tu amor, no son también míos?
 Así, cuando la blanca Hostia desciende a mi corazón,
 Jesús, tu dulce Cordero, cree descansar en ti...

6 Tú me haces sentir que no es imposible
 caminar tras tus pasos, oh Reina de los elegidos.
 El estrecho camino del cielo, tú lo has hecho visible
 practicando siempre las virtudes más humildes.
 A tu lado, María, amo permanecer pequeña,
 veo la vanidad de las grandezas de aquí abajo.
 En la casa de Isabel, que recibe tu visita,
 aprendo a practicar la ardiente caridad.

7 Allí, escucho embelesada, dulce Reina de los Ángeles,
 el canto sagrado que brota de tu corazón.
 Tú me enseñas a cantar las alabanzas divinas,
a glorificarme en Jesús, mi Salvador.
 Tus palabras de amor son rosas místicas
 que deben perfumar los siglos futuros.
 En ti, el Todopoderoso ha hecho grandes cosas,
 quiero meditarlas, para bendecirlo.

8 Cuando el buen San José ignora el milagro
 que tú, en tu humildad, querías ocultar,
 tú lo dejas llorar junto al *Tabernáculo*
 que vela la divina belleza del Salvador!
 ¡Oh, cuánto amo, María, *tu silencio elocuente*,
 para mí un concierto dulce y melodioso
 que me habla de la grandeza y la omnipotencia
 de un alma que no espera su socorro más que de los Cielos...

9 Más tarde, en Belén, ¡oh José y María!
 os veo rechazados por todos los habitantes.
 Nadie quiere acoger en su posada
 a los pobres extranjeros, el lugar es para los grandes...
El lugar es para los grandes y es en un establo
donde la Reina de los Cielos debe dar a luz a un Dios.
 Oh, mi querida Madre, cuán adorable te encuentro,
 cuán grande te encuentro en un lugar tan pobre!...

10 Cuando veo al Eterno envuelto en pañales,
 cuando oigo el débil llanto del Verbo Divino,
 oh Madre mía querida, ya no envidio a los ángeles,
 pues su Poderoso Señor es mi amado Hermano...
 ¡Cuánto te amo, María, tú que en nuestras costas
 has hecho florecer esta divina Flor!...
 Cuánto te amo, al escuchar a los pastores y a los magos
 y [tú] *que conservas con cuidado cada cosa en tu corazón!*...

11 Te amo, confundida entre las otras mujeres
 que dirigen sus pasos hacia el templo santo.
 Te amo cuando presentas al Salvador de nuestras almas
 al bendito anciano que lo abraza entre sus brazos.
 Al principio escucho sonriendo su canto,
 pero pronto sus acentos me hacen derramar lágrimas.
 Hundiendo su mirada profética en el futuro,
Simeón te presenta una espada de dolor.

12 Oh Reina de los mártires, hasta el ocaso de tu vida
 esta espada dolorosa *traspasará tu corazón.*
 Ya debes abandonar la tierra de tu patria
 para evitar la furia celosa de un rey.
 Jesús duerme en paz bajo los pliegues de tu velo
 [cuando] José viene a pedirte que partas de inmediato
 y tu obediencia se revela de inmediato.
 Partes sin demora y sin razonar.

13 En la tierra de Egipto, me parece, oh María,
 que, en la pobreza, tu corazón permanece alegre,
pues ¿no es acaso Jesús la patria más hermosa?
 ¿Qué te importa el exilio, si posees los Cielos?
 Pero en Jerusalén, una amarga tristeza

como un vasto océano inunda tu corazón.
Jesús, durante tres días, se esconde de tu ternura,
 y entonces sí que es realmente el exilio en todo su rigor!...

14 Finalmente lo ves y la alegría te transporta.
 le dices al hermoso Niño que fascina a los doctores:
 «Hijo mío, ¿por qué actúas así?
 Tu padre y yo te buscábamos llorando».
 Y el Niño Dios responde (¡oh, qué profundo misterio!)
 a la Madre amada que le tiende los brazos:
 «¿Por qué me buscabais? A las obras de mi Padre
 debo dedicarme; ¿no lo sabéis?».

15 El Evangelio me enseña que, al crecer en sabiduría
 a José y María, Jesús permanece sumiso
 y mi corazón me revela con qué ternura
 siempre obedece a sus queridos padres.
 Ahora comprendo el misterio del templo,
 las palabras ocultas de mi Amable Rey:
 Madre, tu dulce Hijo quiere que seas el ejemplo
 del alma que lo busca en la noche de la fe.

16 Porque el Rey de los Cielos ha querido que su Madre
 estuviera sumida en la noche, en la angustia del corazón;
 ¿ES, pues, bueno, María, sufrir en la tierra?
Sí, sufrir amando es la más pura felicidad...
 Todo lo que Jesús me ha dado, Él puede recuperarlo.
 Dile que nunca debe cansarse conmigo...
 puede esconderse, acepto esperarlo
 hasta el día sin ocaso en que se apagará mi fe...

17 Sé que en Nazaret, Madre llena de gracias,
 vives muy pobremente, sin desear nada más,
nada de raptos, de milagros, de éxtasis
embellecen tu vida, Reina de los elegidos!...
 Muy grande es en la tierra el número de los pequeños
 que, sin temblar, pueden levantar los ojos hacia ti.
 Es por *el camino común*, Madre incomparable,
 por el que te gusta caminar para guiarlos al Cielo.

18 En espera del Cielo, oh Madre mía querida,
 quiero vivir contigo, seguirte cada día.
 Contemplándote, Madre, me sumerjo embelesada,
 descubriendo en tu corazón *abismos de amor*.
 Tu mirada maternal borra todos mis miedos:
 me enseña a *llorar*, me enseña a *alegrarme*.
 En lugar de despreciar las alegrías puras y santas,
 tú quieres compartirlas, te dignas bendecirlas.

19 A los esposos de Caná, viendo la inquietud
 que no pueden ocultar, porque no tienen vino,
 en tu solicitud, se lo dices al Salvador,
 esperando la ayuda de su poder divino.
 Jesús parece rechazar al principio tu petición
 «¿Qué importa», te responde, «mujer, a ti y a mí?».
 Pero en el fondo de su corazón, te llama Madre
 y realiza su primer milagro por ti...

20 Un día en que los pecadores escuchan la doctrina
 de Aquel que querría acogerlos en el Cielo,

te encuentro con ellos, María, en la colina .
 Alguien le dice a Jesús que tú deseas verlo,
 Entonces, tu Divino Hijo, ante toda la multitud,
 muestra la inmensidad de su amor por nosotros
 Dice: «¿Quién es mi hermano, mi hermana y mi madre,
 si no el que hace mi voluntad?».

21 Oh Virgen Inmaculada, la más tierna de las madres,
 al escuchar a Jesús, no te entristeces
 y te alegras de que él nos haga comprender
 que nuestra alma se convierte en *su familia* aquí abajo.
 Sí, te alegras de que nos dé su vida,
 los tesoros infinitos de su divinidad...
 ¿Cómo no amarte, mi querida Madre,
 al ver tanto amor y tanta humildad?

22 Tú nos amas, María, como Jesús nos ama
 y aceptas, por nosotros, alejarte de Él.
Amar es darlo todo y darse a sí mismo.
 Tú quisiste probarlo permaneciendo como nuestro apoyo.
 El Salvador conocía tu inmensa ternura
 Conocía los secretos de tu corazón maternal.
Refugio de los pecadores, es a ti a quien Él nos deja.
cuando abandona la Cruz para esperarnos en el Cielo.

23 María, tú te me apareces en la cima del Calvario
 de pie junto a la Cruz, como un sacerdote en el altar,
 ofreciendo para apaciguar la justicia del Padre
 tu amadísimo Jesús, el dulce Emmanuel...
 Un profeta lo dijo, oh Madre desolada:
 «¡No hay dolor semejante al tuyo!».
 Oh Reina de los Mártires, permaneciendo en el exilio,
derramas por nosotros toda la sangre de tu corazón!

24 La casa de Juan se convierte en tu único refugio.
 El hijo de Zebedeo debe sustituir a Jesús...
 Es el último detalle que da el Evangelio,
 de la Reina de los Cielos ya no me habla.
 Pero su profundo silencio, oh Madre mía querida,
 ¿no revela [quizás] que *el Verbo Eterno*
quiere cantar él mismo los secretos de tu vida
 para encantar *a tus hijos*, a todos los elegidos del cielo?

25 Pronto escucharé esta dulce armonía,
 pronto, en el hermoso Cielo, vendré a verte,
 tú que viniste a *sonreírme* en la mañana de mi vida,
 ven a sonreírme de nuevo... Madre... ¡ya es de noche!...
 Ya no temo el resplandor de tu gloria suprema.
 Contigo he sufrido y ahora quiero
 cantar en tus rodillas, María, porque te amo,
 y repetir para siempre que soy tu hija...

La pequeña Teresa...
 Mayo de 1897

[Las palabras en cursiva fueron subrayadas por la propia Teresa, con vistas a su publicación].